

Vigilia Pascual en la Noche Santa

*Gen 1:1–2:2; Ex 14:15–15:1; Ez 36:16–28; Rom 6:3–11;
Mt 28:1–10*

INTRODUCCIÓN 1: “DE LA OSCURIDAD A GALILEA”

Un hombre una vez regresó al pueblo donde había crecido. La vida no había salido como él esperaba: los sueños se derrumbaron, las relaciones se fracturaron, la esperanza parecía perdida. Una tarde, caminó hasta el pequeño lago donde, de niño, había aprendido a pescar con su padre. El agua reflejaba el cielo que se desvanecía. Los juncos se mecían como siempre lo habían hecho. Y recordó la voz de su padre: “No tengas miedo de empezar de nuevo.”

Nada cambiaba por fuera. Sus deudas seguían allí. Su pasado no se deshacía. Pero algo dentro de él cambió. La esperanza regresó. A veces, para avanzar, debemos volver al lugar donde todo comenzó.

Muchos años después, una tormenta azotó un pequeño pueblo costero. La electricidad falló. Los árboles fueron

arrancados. La oscuridad lo cubrió todo. En una casa, una abuela encendió una sola vela y la colocó en la ventana. Una vecina la vio y encendió la suya. Pronto, una por una, las luces comenzaron a parpadear a lo largo de la calle. La tormenta seguía, pero la oscuridad ya no parecía absoluta. Una pequeña llama dio valor a muchos.

Esta noche, comenzamos en la oscuridad. Encendimos el fuego pascual, luego el Cirio Pascual, y de él, nuestras velas. Poco a poco, la luz se difundió, revelando la belleza de la Iglesia y la esperanza que viene de Cristo. Como el hombre en el lago y la abuela con la vela, recordamos que la Pascua no solo habla del pasado, sino del presente: del Cristo vivo que nos encuentra donde estamos, en nuestros miedos, en nuestro dolor, en los momentos cotidianos de la vida.

El ángel dice a las mujeres junto al sepulcro: “No está aquí. Ha resucitado. Vayan a Galilea. Allí lo verán.” Galilea es donde la vida comenzó para ellas, donde el amor despertó primero, donde la fe estaba viva. Y esta noche, estamos invitados no solo a regresar a nuestros

comienzos, sino a ser Galilea para el mundo: dejar que la luz de Cristo brille a través de nosotros, guiando a otros de la oscuridad a la esperanza.

O Bien

INTRODUCCIÓN 2: “REGRESANDO A GALILEA”

Un hombre una vez regresó al pueblo donde había crecido, un lugar lleno de recuerdos, tanto alegres como dolorosos. La vida no había salido como esperaba: sueños derrumbados, relaciones rotas, esperanzas quebradas. Una tarde, caminó hasta el antiguo lago donde, de niño, había aprendido a pescar. El agua reflejaba el cielo que se apagaba. Los juncos se movían como siempre. Y de repente recordó la voz de su padre: “No tengas miedo de empezar de nuevo.”

Nada cambió por fuera, pero algo cambió dentro de él. La esperanza regresó. Se dio cuenta de que, a veces, debemos volver al lugar donde todo comenzó para poder avanzar.

Esta noche, el ángel envía a las mujeres de regreso a su Galilea, no solo un lugar en el mapa, sino el lugar de los comienzos, de la fe, del primer amor. “Vayan a Galilea. Allí lo verán.” La Pascua no se trata solo de mirar un sepulcro vacío: se trata de encontrar al Cristo vivo en los lugares y momentos donde la vida despertó primero en nuestro corazón.

O Bien

INTRODUCCIÓN 3: “LA VELA EN LA TORMENTA”

Hace muchos años, un pequeño pueblo costero fue golpeado por una violenta tormenta. La electricidad falló, los árboles fueron arrancados y todo el pueblo quedó en oscuridad. En una casa, una abuela encendió una sola vela y la colocó en la ventana. Una vecina la vio y encendió la suya. Pronto, una por una, las luces comenzaron a parpadear a lo largo de la calle. La tormenta seguía, pero la oscuridad ya no parecía absoluta. Una pequeña llama dio valor a muchos.

Esta noche, comenzamos en la oscuridad. Encendimos el fuego de Pascua. El Cirio Pascual atravesó las sombras y la luz se difundió de una vela a otra. Esa luz es Cristo: brillando no solo en la historia, sino en nuestros corazones, en nuestros hogares, en el mundo que nos rodea. Así como las mujeres junto al sepulcro pasaron del dolor al asombro, estamos invitados a dejar que esta luz transforme nuestras vidas. El Señor Resucitado va delante de nosotros, iluminando el camino de la desesperación a la esperanza, de la muerte a la vida, del sepulcro a Galilea.

HOMILÍA 1: MT 28:1–10 – “VAYAN A GALILEA”

Un hombre regresó a su pueblo natal después de muchos años lejos. Su vida se había derrumbado: fracaso en los negocios, relaciones rotas, profunda decepción. Sintió que todo lo que había construido se había convertido en polvo en sus manos. Una tarde, casi sin saber por qué, caminó hasta el pequeño lago donde, de niño, había aprendido a pescar con su padre.

El lugar no había cambiado mucho. El agua todavía reflejaba el cielo de la tarde. Los juncos todavía se movían con el viento. Y de pie allí, de repente recordó la voz de su padre: “No tengas miedo de intentarlo de nuevo.”

Nada cambió por fuera en ese momento. Sus deudas no desaparecieron. Su pasado no se deshizo. Pero algo dentro de él cambió. La esperanza regresó. Más tarde diría: “Volver allí me salvó la vida.”

Esta noche, el ángel envía a las mujeres de regreso: no solo geográficamente, sino espiritualmente, a su “lago”, a su comienzo. “Vayan a Galilea. Allí lo verán.”

Y en esta simple instrucción se encuentra todo el misterio de la Pascua. La resurrección no se trata solo de lo que le sucedió a Jesús. Se trata de a dónde debemos ir para encontrarlo vivo otra vez.

El Camino al Sepulcro

Dos mujeres—ambas llamadas María—caminan hacia un sepulcro.

Llevan especias.

Llevan dolor.

Llevan expectativas rotas.

Lo último que vieron fue una piedra colocada en su lugar.

Caminan por el camino más familiar de la historia humana:
el camino hacia la tumba.

Conocemos ese camino.

Lo caminamos cuando estamos junto a un ataúd.

Lo caminamos cuando una relación muere.

Lo caminamos cuando un diagnóstico cambia todo.

Lo caminamos cuando la confianza es traicionada.

Lo caminamos cuando la esperanza se derrumba.

Lo caminamos cuando vemos violencia, crueldad e
injusticia y nos preguntamos si la bondad es lo
suficientemente fuerte para sobrevivir.

En un sentido más profundo, toda nuestra vida terrenal
puede sentirse como un largo camino hacia la tumba, y un
día otros nos acompañarán en el último tramo.

Las mujeres no esperan la resurrección. Esperan la
descomposición. Van a completar lo que la muerte ha
comenzado.

Y entonces—el cielo interrumpe.

Un ángel dice algo asombroso:

“Ustedes están en el camino equivocado. Él no está aquí.
Ha resucitado.”

Imaginen el shock. Imaginen la desorientación. El lugar
que debía contener la muerte está vacío.

Si buscas a Jesús entre los muertos, estás buscando en el
lugar equivocado.

La resurrección no se encuentra en los sepulcros de
arrepentimiento, amargura o desesperación. El Cristo vivo
nunca se encuentra donde la esperanza está sellada.

Siempre va delante de nosotros, siempre en movimiento,
siempre sacando vida de lo que parecía terminado.

¿Por qué Galilea?

Luego llega la sorprendente instrucción:

“Vayan a Galilea.”

¿Por qué Galilea?

Porque Galilea fue donde todo comenzó.

Fue el lugar de la llamada: “Sígueme.”

Fue el lugar del primer amor.

Fue el lugar donde las redes se rompían con abundancia.

Donde el agua se convirtió en vino.

Donde cinco panes alimentaron a miles.

Donde los leprosos fueron tocados.

Donde el paralítico caminó.

Donde la viuda de Naín recibió de vuelta a su hijo.

Donde los pecadores lloraron y encontraron misericordia.

Donde los corazones ardían durante el Sermón de la Montaña.

Donde los pescadores descubrieron que eran apóstoles.

Galilea era desordenada, ordinaria, rural, mezclada con paganos y extranjeros. No era Jerusalén, no era el centro del poder. Y sin embargo, allí fue donde el Reino se hizo visible.

Galilea era donde la fe se sentía viva.

Pero luego llegó el Viernes Santo.

El que sanaba, está indefenso.

El que hablaba con autoridad, enmudece.

El que salvaba a otros, no se salva a sí mismo.

El que resucitaba a los muertos, es puesto en un sepulcro.

Parecía que Galilea había sido una hermosa ilusión—una burbuja de jabón que estalló en la cruz.

¿No hemos tenido momentos así?

Momentos en que la fe parecía luminosa—solo para ser destrozada por el sufrimiento.

Momentos en que la oración parecía viva pero ahora se siente vacía.

Cuando nos preguntamos: ¿Fue todo emoción? ¿Fue real?

La Pascua es la respuesta de Dios.

La resurrección es el Padre colocando Su sello oficial sobre todo lo que sucedió en Galilea.

Nada fue ilusión.

Nada se desperdició.

Ninguna lágrima pasó desapercibida.
Ningún acto de amor fue inútil.
Ninguna oración quedó sin respuesta.
El amor no fue derrotado.
El Crucificado vive.

¿Dónde está tu Galilea?

Y así, el ángel nos dice esta noche:
Cuando camines hacia la tumba—da la vuelta.
Ve a Galilea.

Pero, ¿dónde está tu Galilea?

¿Hubo un momento en que la Escritura habló
directamente a tu vida?

¿Una confesión que levantó un peso aplastante?

¿Una Eucaristía donde sentiste que no estabas solo?

¿Una hora oscura donde llegó la paz inexplicablemente?

¿Una amistad a través de la cual la bondad de Cristo te
alcanzó?

¿Un gesto silencioso de misericordia que recordó que la
bondad todavía respira?

Ese fue tu Galilea.

Para algunos, la fe de la infancia.

Para otros, un retiro.

Para otros, el nacimiento de un hijo.

Para otros, una habitación de hospital donde la gracia fue
más fuerte que el miedo.

Y si esta noche dices: “Nunca tuve una Galilea así,”
entonces toma prestada la de otro.

Ve a alguien cuya fe esté viva.

Escucha el testimonio de un santo.

Lee la historia de alguien cuya esperanza sobrevivió al
sufrimiento.

La Iglesia misma es la gran Galilea donde generación tras
generación ha encontrado al Cristo vivo.

Piensa en los discípulos en el camino a Emaús. Sus pies
caminaban lejos de Jerusalén, pero sus corazones
recordaban Galilea, recordaban lo que habían visto y oído.

Y mientras hablaban de Él, Él vino y caminó a su lado.

Sus corazones comenzaron a arder.

El Resucitado siempre se encuentra en Galilea—en el lugar donde conociste por primera vez Su amor.

Convirtiéndose en Galilea

Pero la Pascua no termina con encontrar Galilea.

Nos llama a ser Galilea.

Durante la Segunda Guerra Mundial, una bomba destruyó una estatua de Cristo en una iglesia. Solo quedó el torso. Más tarde, cuando la parroquia reconstruyó la iglesia, dejaron la estatua sin manos. Debajo pusieron un letrero: “Cristo no tiene manos sino las tuyas.”

El Señor Resucitado nos envía ahora—no a permanecer en la nostalgia—sino a ser Galilea para el mundo.

Lugares donde:

El pan se multiplica.

Las redes vacías se llenan de nuevo.

El agua se convierte en vino.

Los pecadores encuentran misericordia.

Los afligidos son consolados.

Los olvidados son vistos.

La esperanza regresa silenciosa pero obstinadamente.

La resurrección muchas veces no llega con estruendo.

Comienza en pequeñas fidelidades:

Una palabra de perdón.

Un acto de generosidad.

Una decisión de no rendirse.

Una elección de confiar otra vez.

Una mano extendida en lugar de retraída.

Cada vez que actuamos con amor, Galilea vuelve a suceder.

Cada vez que la misericordia triunfa sobre el resentimiento, la piedra se mueve.

Cada vez que elegimos la esperanza sobre el cinismo, la tumba está vacía.

Invitación Final

No permanezcas en el camino hacia la tumba.

No construyas tu hogar en la decepción.

Da la vuelta.

Regresa al lugar donde Cristo te encontró primero.

Regresa al lugar donde el amor despertó por primera vez tu corazón.

Regresa a Galilea.

Y desde allí, sal y crea Galilea para otros.

Porque la promesa del ángel sigue siendo verdadera:

“Allí lo verán.”

Y una vez que lo hayas visto vivo, nunca más confundirás la tumba con la última palabra. Amén.

HOMILÍA 2 – “HA COMENZADO LA NUEVA CREACIÓN”

Un niño pequeño estaba una vez frente a la vitrina de una librería mirando un cuadro de la crucifixión. Un hombre que estaba a su lado le preguntó:

—¿Sabes quién es ese?

—Es Jesús —respondió el niño con seguridad—. Lo crucificaron. Murió por todos.

El hombre asintió pensativo y se alejó. Pero tras unos pasos escuchó pasos apresurados detrás de él. El niño venía corriendo, un poco sin aliento:

—¡Señor! ¡Olvidé decirle algo...! ¡Ha resucitado! ¡Está vivo!

Hay mensajes que lo cambian todo. Sin la segunda frase, la primera nos aplastaría. Un Salvador crucificado sin resurrección sería solo tragedia. Una cruz sin Pascua sería derrota. Pero esa segunda frase —¡Está vivo!— convierte la desesperación en esperanza, los finales en comienzos, la muerte en vida.

Y ese es el milagro de la Pascua: el dolor y la muerte no tienen la última palabra. Incluso cuando el mundo parece colapsar —por violencia, guerra, traición, enfermedad o pérdida personal— la vida, el amor y la esperanza persisten.

Si la Pascua fuera solo acerca de un hombre muerto que regresa a la vida terrenal, no sería algo totalmente nuevo. Ya lo hemos visto antes en el Evangelio:

- La hija de Jairo —muerta, y resucitada.
- El hijo de la viuda de Naín —llevado al entierro, y llamado de regreso.
- Lázaro —cuatro días en el sepulcro, y convocado a salir.

Pero cada uno de ellos regresó a la misma vida que antes. Sus corazones latían de nuevo, sus pulmones respiraban de nuevo, pero envejecerían, sufrirían y eventualmente morirían otra vez.

Eso no le sucedió a Jesús.

La resurrección de Jesús no es una reversión.

No es resucitar a alguien muerto.

Es nueva creación.

Esta noche, en la Vigilia, comenzamos con la primera página de la Biblia:

"En el principio creó Dios los cielos y la tierra... y vio Dios que era bueno."

La creación comenzó en bondad, armonía y luz. Pero algo sucedió entre el Génesis y el Viernes Santo. Entró el pecado. Se rompió la confianza. El hermano mató al hermano. La violencia se extendió. La creación gimió bajo el peso del egoísmo humano.

San Pablo dice: *"Toda la creación ha estado gimiendo y sufriendo dolores de parto hasta ahora."*

Y el Viernes Santo parecía que ese gemido alcanzaba su punto máximo. El Hijo de Dios cuelga en la cruz. La oscuridad cubre la tierra. El velo del Templo se rasga. Parece como si el caos hubiera regresado, como si la luz del primer día se hubiera apagado.

Pero la mañana de Pascua no es solo un final feliz de una historia trágica.

Es el comienzo de una historia completamente nueva.

Los evangelistas nos muestran algo misterioso. Jesús resucitado es el mismo, y sin embargo no es el mismo. Él lleva las heridas. Las cicatrices no se borran; se glorifican.

Come pescado con sus discípulos. Habla con ellos.
Pero también pasa a través de puertas cerradas.
Aparece y desaparece.
Solo se le reconoce cuando llama a María por su nombre,
o cuando parte el pan.

Es continuidad y transformación al mismo tiempo.
No es la vieja creación reparada.
Es el primer día de la nueva creación.

San Juan incluso lo sugiere deliberadamente: Jesús resucita *“el primer día de la semana”*. El mismo día en que, en Génesis, Dios dijo: *“Sea la luz”*. La Pascua es el nuevo *“Sea la luz”*. La oscuridad del pecado y la muerte se atraviesa desde dentro.

San Pablo busca palabras para describir esto. Lo llama *“cuerpo espiritual”*. No fantasmal. No menos real. Sino más real. Materia penetrada por la gloria. Humanidad llena de vida divina.

Los profetas habían soñado largamente con tal día:
“Forjarán sus espadas en rejas de arado.”

“El lobo vivirá con el cordero.”
“Un niño pequeño los guiará.”

No son fantasías ingenuas. Son imágenes de creación sanada —shalom—, integridad restaurada. Y esa restauración comienza en el cuerpo de Cristo resucitado.

Donde Adán falló en un jardín, Cristo resucita en un jardín.
Donde la muerte entró por la desobediencia, la vida brota por la obediencia y el amor.

Permítanme contarles una pequeña historia.

Después de un incendio devastador, un agricultor caminaba por sus campos carbonizados. Todo parecía destruido. Árboles negros. Tierra quemada. Silencio. Parecía desesperanza.

Pero días después, notó pequeños brotes verdes que surgían de las cenizas. El fuego no tuvo la última palabra. Bajo la superficie, la vida estaba esperando.

El Viernes Santo fue el fuego.

La mañana de Pascua es el brote verde.

Pero aquí está lo sorprendente: esta nueva creación no se detuvo en Jesús.

Miren a los apóstoles.

El viernes se esconden.

El domingo por la noche, todavía detrás de puertas cerradas, con miedo.

Pedro lleva la vergüenza. Tomás, la duda. Los demás, confusión.

Pero semanas después, se paran en las calles proclamando con valentía: “¡Dios lo ha resucitado!”

¿Qué los cambió?

Encontraron al Resucitado.

No una idea. No un recuerdo. Una Persona viva.

La señal de los primeros cristianos no fue el poder político ni la fuerza militar. Fue algo que el mundo pagano encontró asombroso. La gente decía: “*¡Miren cómo se aman unos a otros!*”

Cuidaban a los enfermos durante plagas cuando otros huían.

Rescataban bebés abandonados.

Perdonaban a sus perseguidores.

Eso no es natural. Es sobrenatural.

Es poder de la resurrección.

Cuando San Francisco de Asís abrazó al leproso, superando el miedo, era nueva creación irrumpiendo en el miedo.

Cuando Maximiliano Kolbe ofreció su vida en Auschwitz por un compañero, era nueva creación brillando en la oscuridad más profunda.

Cuando un esposo perdona la traición en lugar de vengarse, eso es nueva creación.

Cuando una mujer elige la vida y la esperanza en medio de la dificultad, eso es nueva creación.

Cuando voluntarios consuelan a niños que huyen de la guerra, cuando extraños abren su casa a refugiados, cuando la reconciliación reemplaza al odio — eso es la Pascua continuando.

El mundo a menudo habla de una “cultura de muerte”. La vemos en violencia, adicciones, explotación, indiferencia. Pero los cristianos no solo estamos llamados a condenar la oscuridad. Estamos llamados a irradiar algo diferente.

San Pablo dice: *“Si alguno está en Cristo, es una nueva creación.”*

No lo será algún día. Lo es.

Por el bautismo, fuimos sumergidos en la muerte de Cristo — y resucitados con Él. El poder que abrió el sepulcro ahora vive en nosotros. El Espíritu Santo es el aliento de la nueva creación que ya respira dentro de la Iglesia.

La Pascua no es solo nuestra esperanza futura.

Es un poder presente.

Es fuerza para perdonar cuando parece imposible.

Es valor para defender la verdad cuando nos cuesta.

Es esperanza cuando el dolor nos abrumba.

Es luz cuando nuestro mundo personal parece oscuro.

El sepulcro está vacío — pero lo más importante es que el mundo ya no está vacío de la presencia transformadora de Dios.

Un niño plantó semillas en la primavera temprana. La tierra aún estaba fría, y su hermano mayor se rió: *“Nada crecerá ahí.”*

Pero el niño regresaba cada día a regar la tierra.

No veía cambios. La tierra parecía igual.

Pero semanas después, surgieron brotes verdes.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó el hermano mayor.

—No lo vi —respondió el niño—, pero sabía que la vida estaba allí.

Hermanos y hermanas, a veces nuestro mundo todavía parece Viernes Santo. A veces nuestros corazones parecen sepulcros sellados. A veces vemos más cenizas que brotes verdes.

Pero la Pascua nos dice: la vida ya trabaja bajo la superficie.

Esta noche celebramos el día en que la vida irrumpió en la

fría tierra de la tumba.

Ha comenzado la nueva creación. Cristo es el primer fruto.

El jardín se ha reabierto. La luz ha regresado.

Y si permanecemos en Él —si rezamos, perdonamos, amamos, perseveramos— esa vida de resurrección brotará a través de nosotros hacia un mundo herido.

¡Él ha resucitado!

¡Él ha resucitado de verdad!

Amén.

HOMILÍA 3 – “DE LA OSCURIDAD A GALILEA: CAMINANDO HACIA LA LUZ DEL SEÑOR RESUCITADO”

Hace muchos años, una pequeña ciudad costera fue azotada por una violenta tormenta. La electricidad falló, los árboles fueron arrancados y toda la ciudad quedó sumida en la oscuridad. En una casa, una abuela encendió una vela y la puso en la ventana del frente. Una vecina la vio y encendió su propia vela. Pronto, una por una, las luces comenzaron a parpadear en las ventanas de la calle. La

tormenta aún no había pasado. El viento seguía rugiendo. Pero la oscuridad ya no se sentía absoluta. Una pequeña llama había dado valor a otras. Y en esa luz frágil pero persistente, la esperanza volvió.

Esta noche comenzamos en la oscuridad.

Hay algo profundamente dramático en esta noche. Nos reunimos afuera, luchamos con la llama y el viento, encendimos el fuego pascual, y de él la vela pascual. Luego entramos a la iglesia oscura, guiados solo por esa luz. Poco a poco, la luz se extendió de una vela a otra hasta que la oscuridad dio paso a un resplandor suave y vivo. En esa luz cantamos el Exsultet —esa gran proclamación que llama a cielo y tierra a regocijarse, anunciando que “la oscuridad se desvanece para siempre” y alabando a Cristo, la Estrella de la Mañana que ha resucitado y ha derramado su luz de paz sobre toda la humanidad.

Este drama no es teatro. Es verdad hecha acción. Es la historia de nuestra salvación contada no solo con

palabras, sino con fuego, movimiento y luz. Esta noche celebramos el acontecimiento más dramático de la historia humana: Dios resucita a su Hijo. Jesús, brutalmente crucificado y vergonzosamente ejecutado, es gloriosa y maravillosamente resucitado por el Padre. La piedra ha sido removida. El sepulcro está vacío. La muerte ha sido derrotada.

El Evangelio de Mateo capta este drama vívidamente. Nos dice que hubo un terremoto violento. Un ángel descendió, su apariencia como relámpago, su vestido blanco como la nieve. La tierra tembló. El cielo intervino. Estos no son detalles decorativos; son señales bíblicas de que Dios mismo actúa. La historia ha llegado a su punto de inflexión.

Y, sin embargo, en el centro de este drama cósmico están dos mujeres afligidas haciendo un camino muy humano.

Muchos conocemos ese tipo de camino. El camino hacia la cama de un hospital. El camino hacia la casa de un vecino tras recibir malas noticias. El camino detrás de un

ataúd. Estos caminos son pesados. Nos agotan. María Magdalena y la otra María caminaron hacia el sepulcro con ese mismo peso. Habían seguido a Jesús en Galilea. Se habían quedado a distancia mientras Él moría. Habían visto su cuerpo colocado en la tumba. Ahora caminaban simplemente para estar cerca de Él, incluso en la muerte. El amor no les permitía quedarse lejos.

Esperaban silencio. Esperaban quietud. Esperaban orar por el muerto.

En cambio, la tierra tembló.

El sepulcro estaba vacío.

Y el ángel pronunció las palabras que resuenan a través de los siglos:

—Jesús, que fue crucificado... no está aquí. Ha resucitado.

Entre su triste caminata al sepulcro y su alegre carrera desde él está ese anuncio. El Evangelio nos dice que se fueron *“llenas de temor y gran alegría”* y corrieron a

contárselo a los discípulos. El duelo se convirtió en misión. El luto se convirtió en proclamación.

Vemos algo similar incluso en la vida ordinaria. Una vez escuché de un médico que tuvo que decir a una familia que un ser querido se recuperaría después de días de incertidumbre. El mismo pasillo que había parecido un túnel de terror se convirtió de repente en un camino de alivio y gratitud. Nada en el edificio cambió —pero todo cambió. Las noticias pueden transformar un camino.

La noticia de la Pascua transforma no solo un pasillo, no solo una mañana, sino toda la historia humana.

Y, sin embargo, el ángel da una instrucción sorprendente: —Él va delante de ustedes a Galilea; allí lo verán.

Jesús mismo lo repite:

—Digan a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán.

¿Por qué Galilea?

Galilea fue donde todo comenzó. Allí Jesús sanó a los enfermos, perdonó a los pecadores, tocó a los leprosos,

acogió a los excluidos, alimentó a los hambrientos y reunió una comunidad. Galilea era el lugar de la vida cotidiana —barcos de pesca, casas del pueblo, caminos polvosos. El Señor resucitado los envía no a un santuario, no a un monumento, no a quedarse mirando una tumba vacía, sino de regreso al lugar de la vida y la misión.

Si Él no está en la tumba, ¿dónde está?

Se encuentra donde la vida se restaura.

Donde la misericordia triunfa sobre el juicio.

Donde se defiende la dignidad.

Donde se visita al solitario.

Donde se ofrece el perdón.

Donde se reaviva la esperanza.

En otras palabras, se encuentra donde su Espíritu está en acción.

¿Dónde está Galilea para nosotros hoy? Está donde vivimos nuestra vida cotidiana. En nuestros hogares, lugares de trabajo, parroquia, calles. Si buscamos al vivo entre los muertos —entre fracasos pasados,

arrepentimientos y miedos— no lo encontraremos allí. Si buscamos al Señor vivo en lugares de vida, caridad, valor y compasión, lo encontraremos.

Las primeras palabras pronunciadas en el sepulcro vacío son impactantes:

—No tengan miedo.

Las primeras palabras de Jesús resucitado:

—No tengan miedo.

La crucifixión había generado miedo. Los discípulos estaban quebrantados, avergonzados, confundidos —una fuerza agotada. Y, sin embargo, el Señor resucitado los encuentra exactamente allí. No esperó a que fueran fuertes. Los encontró en su debilidad.

Hace lo mismo con nosotros.

Algunos vienen esta noche cargando oscuridad: pérdida de un ser querido, ansiedad por el futuro, desilusión, desaliento, luchas privadas que nadie más ve. Vivimos en un mundo que a menudo parece dominado por la codicia,

la violencia y la incertidumbre. Es fácil sentir que la oscuridad tiene la ventaja.

Pero esta noche declara: la oscuridad no es definitiva.

Como escribe San Juan:

"La luz brilla en la oscuridad, y la oscuridad no la ha vencido."

Recuerdo haber estado una vez en completa oscuridad en una isla remota, lejos de luces de ciudad. Fue inquietante. Me sentí pequeño y vulnerable. Pero luego, lentamente, mis ojos se adaptaron. Y sobre mí apareció un cielo lleno de estrellas que nunca había visto antes. La oscuridad no había desaparecido —pero se convirtió en el telón de fondo para una luz mayor.

La Pascua no pretende que la oscuridad no exista.

Proclama que la oscuridad no vence.

Las mujeres pasaron de la tristeza a la alegría, de la alegría a la adoración —se postraron ante Él— y de la adoración a la misión. Ese es nuestro camino esta noche. Entramos en la oscuridad. Recibimos la luz. Escuchamos

la historia de la salvación. Renovamos nuestras promesas bautismales. Adoramos al Señor resucitado. Y luego somos enviados.

La Pascua no es solo sobre la vida después de la muerte. Es sobre la vida antes de la muerte. Somos llamados a ser un pueblo de Pascua —gente que crea “Galileas modernas”, espacios donde la vida de Cristo se hace visible. La fiesta llama al valor. Valor para perdonar. Valor para defender la verdad. Valor para defender la vida. Valor para esperar cuando la esperanza parece irracional.

Quizá el don que más necesitamos esta noche sea ese valor.

Permítanme terminar con otra historia.

Después de la tormenta en aquella ciudad costera, cuando finalmente se restauró la electricidad, alguien le preguntó a la abuela por qué había puesto la vela en la ventana. Ella respondió:

—No la encendí para alejar toda la tormenta. La encendí para que nadie pensara que estaba solo.

Eso es lo que Dios ha hecho en la resurrección de Jesús. No ha eliminado todas las tormentas de nuestra vida. Pero ha encendido una luz que nos dice: no estamos solos. El sepulcro está vacío. Cristo ha resucitado. Va delante de nosotros hacia nuestra Galilea. Y dondequiera donde llevemos su luz —por pequeña que parezca nuestra llama— la oscuridad nunca tendrá la última palabra.

¡Cristo ha resucitado!

¡Él ha resucitado de verdad!

¡Aleluya!

HOMILÍA 4 – “DEL SEPULCRO A LA LUZ”

En *Fausto* de Goethe, el erudito Fausto está en desesperación. El conocimiento no lo ha satisfecho. El éxito no lo ha llenado. Desafiando el vacío de la vida, levanta un frasco de veneno hacia sus labios.

Entonces —suena la campana de Pascua a lo lejos. El sonido despierta recuerdos de infancia. Algo se suaviza. El frasco baja de su mano. Sale al exterior. La gente

inunda la luz del sol. Y Fausto dice:

—Celebran la Resurrección del Señor, porque ellos mismos han resucitado.

Algo dentro de él también resucita.

El Evangelio de esta noche comienza en la oscuridad.

"Mientras todavía estaba oscuro," va María Magdalena al sepulcro.

La fe pascual no comienza en el triunfo. Comienza en la oscuridad, la confusión, el dolor.

María ve la piedra removida —pero supone lo peor.

—Se han llevado al Señor.

Pedro ve los lienzos —pero todavía no comprende.

El discípulo amado entra, ve —y cree.

El amor ve más profundamente que el miedo.

La resurrección no se prueba como una fórmula matemática. Se reconoce con un corazón que ama.

Luego viene una de las escenas más tiernas de toda la Escritura.

María está de pie, llorando. Confunde a Jesús con el jardinero.

En cierto sentido, está equivocada.

En otro sentido, está profundamente en lo cierto.

La Biblia comenzó en un jardín. La humanidad cayó en un jardín. Y ahora, en un jardín, el nuevo Adán está de pie — el Jardinero de la nueva creación.

Él pronuncia una sola palabra:

—¡María!

La llama por su nombre.

Y todo cambia.

Permítanme contar otra historia.

Una maestra le dijo una vez a sus alumnos:

—Cuando alguien dice tu nombre, significa que importas.

Años después, uno de sus antiguos alumnos —que había luchado profundamente en la vida— dijo:

—La primera vez que creí que valía algo fue cuando alguien pronunció mi nombre con amabilidad.

La Pascua es Dios llamándonos por nuestro nombre.

No de manera general.

No de manera abstracta.

Personalmente.

—“María.”

—“Tomás.”

—“Pedro.”

Y esta noche —tu nombre.

La resurrección no es solo un acontecimiento histórico. Es un encuentro.

Las mujeres en el Evangelio de Mateo corren desde el sepulcro “*con miedo y gran alegría.*” Esa mezcla es muy real. La Pascua no borra las heridas. Jesús todavía las lleva.

La cruz parecía borrar Galilea.

La crucifixión parecía silenciar sus palabras.

La piedra parecía definitiva.

¿Alguna vez has sentido esa sensación de finalidad?

Un diagnóstico. Una relación rota. Un sueño que se derrumba. Un pecado que parece imperdonable.

Las piedras también se colocan en nuestras vidas.

Pero la Pascua declara: la piedra no es la última palabra.

Los discípulos se esconden detrás de puertas cerradas. Y, sin embargo, el Resucitado entra. Las puertas cerradas no lo detienen.

Y nota: no los regaña. Dice:

—¡Paz a ustedes!

La resurrección no comienza con acusación. Comienza con paz.

Consideremos otra imagen.

Un capellán de prisión contó una vez que bautizó a un recluso cumpliendo una larga condena.

—“La puerta de la celda aún estaba cerrada detrás de él —dijo el capellán—, pero algo había cambiado. Caminaba

diferente. Las paredes eran las mismas —pero él estaba libre.”

Eso es Pascua.

Las circunstancias pueden no cambiar de inmediato.

Pero el corazón cambia.

La esperanza regresa.

La libertad comienza por dentro.

San Pablo escribe:

"Si han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba."

No es escapar del mundo, sino una nueva manera de vivir en él.

Cuando el perdón reemplaza a la venganza —eso es resurrección.

Cuando el valor reemplaza al miedo —eso es resurrección.

Cuando la esperanza se mantiene frente a la muerte —eso es resurrección.

Historia final:

Una anciana estaba junto a la tumba de su esposo.

Alguien le preguntó suavemente:

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

Ella sonrió y dijo:

—Porque sé cómo termina la historia.

Hermanos y hermanas, esta noche sabemos cómo termina la historia.

La oscuridad no vence.

La piedra no permanece.

La tumba no es definitiva.

El Jardinero está en el jardín del mundo y nos llama por nuestro nombre.

Y cuando Él nos llama —resucitamos.

¡Cristo ha resucitado!

¡Él ha resucitado de verdad!

Amén.

DOMINGO DE PASCUA (Misa durante el día)

Hechos 10,34. 37-43; Col 3,1-4 o 1 Cor 5,6-8; Jn 20,1-9

INTRODUCCIÓN 1

La Pascua pone a las personas en movimiento. Las calles están llenas de autos con gente que aprovecha las vacaciones para paseos o viajes de Semana Santa. Ya en aquella primera mañana de Pascua, la gente se movía.

María Magdalena va al sepulcro; Pedro y Juan corren hacia allí. Pero también recorren un camino interior: del desconcierto a la fe, de la tristeza del Viernes Santo a la alegría de la Pascua.

Permitámonos ser tocados por la esperanza que irradia la Pascua. Caminemos este sendero con ellos, aquí y ahora, en esta celebración, en la que escuchamos la Buena Nueva de la Resurrección y celebramos la mesa en la que el Resucitado vive entre nosotros.

O Bien

INTRODUCCIÓN 2

Un hombre me contó una vez que, después de perder su empleo, evitaba abrir su buzón. Cada día pasaba junto a él, temiendo más desilusiones, más pruebas de que todo se estaba derrumbando. Una mañana, casi sin querer, lo abrió. Dentro no había otra factura, sino una simple nota escrita a mano por un amigo: “Creo en ti. No te rindas.”

Luego dijo: “Nada había cambiado afuera todavía. Pero algo dentro de mí cambió. Fue como si una piedra se hubiera removido.”

La Pascua comienza de manera muy similar.

María Magdalena va al sepulcro cargando dolor. Pedro y Juan corren con confusión y preguntas sin respuesta. Esperan un final. Esperan silencio. En cambio, encuentran un vacío lleno de promesas. La piedra ha sido removida. El sepulcro está vacío. Y lentamente, dentro de sus corazones temerosos, comienza la resurrección.

La Pascua no trata solo de lo que le pasó a Jesús hace mucho tiempo. Trata de lo que sucede cuando Cristo llama

nuestro nombre, cuando la esperanza surge detrás de las nubes de la duda, cuando el perdón libera lo que hemos retenido con fuerza dentro de nosotros. Como nos dice San Pablo: “Han resucitado con Cristo.”

Hoy no solo recordamos la resurrección: nos abrimos a ella. Permitamos que el Señor Resucitado nos mueva del miedo a la confianza, de la tristeza a la esperanza, de la inercia a correr hacia la vida nueva.

ACTO PENITENCIAL

Aunque Cristo ha resucitado, a veces seguimos detenidos ante sepulcros cerrados, aferrados al miedo, al resentimiento o a la duda. Pidamos al Señor Resucitado que retire las piedras de nuestros corazones.

Señor Jesús, que nos llamas por nuestro nombre y despiertas la fe en nosotros: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, que nos liberas del poder del pecado y nos abres el camino a la vida nueva: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, que nos envías como testigos de esperanza en un mundo herido: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso y misericordioso, que removi6 la piedra del sepulcro de su Hijo, remueva tambi6n las piedras que cargan nuestros corazones.

Que nos libere del miedo y la duda, afloje las cadenas del resentimiento y del pecado, y nos llame a cada uno por nuestro nombre a la vida nueva.

Habiendo muerto con Cristo en el Bautismo, que tambi6n resucitemos con 6l en fe, esperanza y amor, y seamos llevados a la vida eterna. Am6n.

INVITACIÓN AL GLORIA

En este d6a santo, el cielo y la tierra se regocijan.

El silencio del sepulcro ha sido roto; la luz de Cristo ha vencido la noche.

Con los 6ngeles y con toda la Iglesia en el mundo, elevemos nuestra voz en alabanza y cantemos: ¡Gloria a Dios en el cielo!

ORACIÓN DE APERTURA

Oh Dios de vida eterna,
que en este día, por medio de tu Hijo Unigénito,
has vencido la muerte y nos has abierto el camino a la
eternidad,
concédenos, te rogamos,
que quienes celebramos la Resurrección del Señor
seamos renovados interiormente por tu Espíritu,
para que, resucitados con Cristo,
busquemos las cosas de arriba
y caminemos en la novedad de la vida.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1 – “HAN RESUCITADO CON CRISTO”

(Colosenses 3,1–4)

Cuando era niño, mi abuela tenía una tradición cada mañana de Pascua. Antes del desayuno, me llevaba a una pequeña colina detrás de nuestra casa. Desde allí, podíamos ver el sol salir sobre los campos.

Un año, el cielo estaba gris, el viento frío, y yo me quejaba de que no se parecía a las brillantes imágenes de Pascua en los libros. Mi abuela sonrió y dijo: “A veces, hay que mirar de cerca. El sol está saliendo incluso detrás de las nubes. Solo hay que abrir los ojos.”

Ese día comprendí que la Pascua no se trata solo de lo que vemos; se trata de lo que experimentamos en nuestro corazón.

Al inicio de la lectura de su Carta a los Colosenses, el Apóstol Pablo escribe algo extraordinario: “Han resucitado con Cristo.” Observemos que no dice: “Algún día resucitarán.” No, dice: han resucitado.

Es una afirmación audaz. ¿Nuestra resurrección ya ha ocurrido? La respuesta de Pablo es un rotundo sí. ¿Cómo

lo sabemos? Él contaría la historia de su conversión: antes perseguidor de cristianos, fue derribado por una luz cegadora en el camino a Damasco. Cuando Ananías puso sus manos sobre él, se convirtió en un hombre nuevo. Su resurrección ya había ocurrido, no en un futuro lejano, sino en un encuentro real y personal con Cristo.

Nosotros también estamos invitados a esta resurrección. Ayer, en la Vigilia Pascual, escuchamos la promesa de Ezequiel: “Les daré un corazón nuevo. Quitaré el corazón de piedra y les daré un corazón de carne.” No depende solo de nosotros; Dios nos transforma. Ese es el misterio de la Pascua: nuestros corazones pueden renovarse, nuestras vidas hacerse nuevas.

Permítanme compartir una experiencia de 1975, cuando era joven vicario en Recklinghausen. Dirigí un retiro para los Jóvenes Trabajadores Cristianos. Entre los veinte jóvenes, había uno llamado Werner, cuyo único objetivo parecía ser arruinar el retiro. Traía alcohol, distraía a los demás y se negaba a participar.

El Viernes Santo por la tarde, nos sentamos en el suelo alrededor de una sola vela. Leí la parábola del Hijo Pródigo e invité a los jóvenes a hablar con Dios con sus propias palabras.

Al principio, Werner resistió. Pero luego, uno de sus amigos comenzó a orar en voz alta: “Jesús, permite que Werner también experimente esto, lo hermoso que es poder hablar contigo.” Algo cambió. Werner empezó a llorar, a abrir los puños cerrados y, lentamente, rezó por primera vez en su vida. A medianoche, muchos de los chicos habían permanecido en la capilla toda la noche, rezando, leyendo o sentados en silencio. Habían experimentado la Pascua: Jesús vivo en medio de ellos.

En la mañana de Pascua, Werner se acercó a la vela central, encendió la suya y habló. Durante quince minutos compartió su corazón, su transformación. Luego entregó su vela a su amigo: “Si no hubieras rezado por mí, nunca me habría dado cuenta de que Jesús está vivo.”

Eso es la resurrección: cuando los corazones se transforman, la oscuridad se vuelve luz, la tristeza se vuelve alegría, la amargura se convierte en paz.

La resurrección no es solo una historia del pasado; está viva hoy. Ocurre en momentos de perdón, en actos de bondad, en el valor de rezar incluso cuando parece difícil o imposible. Cada encuentro con el Resucitado nos transforma. Cada acto de amor y misericordia es un signo de la vida nueva que Cristo ofrece.

Historias entre medio:

Recuerdo a una mujer en un retiro que había perdido toda esperanza tras una enfermedad devastadora. Me dijo que ya no podía rezar; su corazón estaba demasiado pesado. Sin embargo, a pequeños pasos, durante el retiro, comenzó a rezar en voz alta en fragmentos. Al final, su rostro brillaba con una paz que no había sentido en años. La resurrección ocurre cuando la vida de Dios alcanza nuestro dolor.

Otra historia: un hombre de mi parroquia había llevado años de enojo hacia un familiar. Una mañana de Pascua, lo llamó, solo para decir: “Te perdono.” Esa llamada transformó sus vidas. La resurrección siempre es personal, siempre íntima, siempre un regalo.

Pienso en aquella colina detrás de la casa de mi abuela. Aquella mañana gris me enseñó algo esencial sobre la Pascua: incluso cuando el mundo parece oscuro, la luz de Cristo surge. Como Werner, como la mujer del retiro, como el hombre que perdonó, podemos experimentar la Pascua ahora, no solo en la fiesta, sino en la transformación de nuestros corazones.

Hoy, al celebrar, no solo les deseo una feliz Pascua. Deseo que encuentren al Cristo Resucitado, que Él los encuentre personalmente, y que su corazón se renueve. Entonces, como Pablo escribió a los Colosenses, podría escribir sobre cada uno de nosotros: “Han resucitado con Cristo.” Amén.

HOMILÍA 2 – “CUANDO LA PIEDRA ES REMOVIDA”

Hace algunos años, después de un terremoto devastador, los rescatistas buscaban entre los escombros de un edificio colapsado. Durante horas solo hubo silencio. La mayoría ya había asumido que nadie podría haber sobrevivido.

Luego, un rescatista creyó escuchar algo, muy débil.

Detuvo las máquinas. Todos se quedaron quietos. Bajo el concreto y el polvo, se escuchó el débil llanto de un niño.

Ese pequeño sonido lo cambió todo. Lo que parecía un lugar de muerte se convirtió en un lugar de esperanza. Los rescatistas trabajaron con fuerzas renovadas. Y horas después, una niña fue sacada con vida.

Solo se necesitó una señal de vida para poner todo en movimiento.

La Pascua comienza igualmente en silencio. No hay trompetas, ni terremotos que toda la ciudad note, ni espectáculo público. La Resurrección sucedió en la noche.

Si nadie hubiera ido al sepulcro, nadie se habría dado cuenta.

¿Qué habría pasado si María Magdalena se hubiera quedado en casa? Si Pedro y Juan hubieran dicho: “Se acabó, volvamos a nuestras redes”? La Resurrección habría ocurrido igual, pero no se habría descubierto.

La Resurrección pone a la gente en movimiento.

María se mueve por amor y deseo. Pedro y el discípulo amado corren en lo que parece una carrera contra el tiempo. Quieren saber: ¿lo que dicen las mujeres es un error o algo realmente nuevo está ocurriendo?

A menudo, la vida se siente así: una carrera contra el tiempo.

Llegas a la estación justo cuando el tren se va.

Llegas al hospital justo después de que un ser querido da su último aliento.

Te das cuenta demasiado tarde de que una amistad se ha enfriado.

Y a veces pensamos: hemos perdido, es demasiado tarde, la carrera ha terminado.

Pedro llega al sepulcro y ve los lienzos. Observa cuidadosamente. Analiza. Pero sobre el otro discípulo se dice simplemente: vio y creyó.

¿Cuál fue la diferencia?

No mejor vista.

No mejor razonamiento.

Vio con ojos llenos de amor.

María Magdalena está afuera del sepulcro llorando. Cree que todo ha terminado. Y luego una palabra lo cambia todo: “María.”

Imagina ese momento. La manera en que solo una voz puede decir tu nombre de cierta forma. Tal vez lo hayas vivido: una madre llamando a su hijo; un amigo de toda la vida diciendo tu nombre; alguien que realmente te ve.

Cuando Jesús dice su nombre, su sepulcro interior se abre. Su parálisis se rompe. La resurrección ocurre primero dentro de ella.

Eso es importante: la resurrección no es primero un espectáculo externo. Es un despertar interno.

Tres personas muy diferentes—María, Pedro, Juan—llegan a la fe de maneras distintas. No hay un camino real único hacia la fe pascual. Dios alcanza cada corazón de manera diferente.

Recuerdo haber visitado a un hombre anciano en un hogar de retiro. Había perdido a su esposa de sesenta años. “Ahora está vacío,” dijo. “La casa, la silla a mi lado, las mañanas.” Pero luego agregó en voz baja: “Sin embargo, cuando mi nieta viene y ríe en la cocina, algo en mí vuelve a la vida.”

Eso también es un rastro de la resurrección. No es negar el dolor, sino vida que emerge del dolor.

La Pascua nos dice: la piedra ha sido removida. La muerte no tiene la última palabra. Pero extrañamente, en lugar de

alegría abrumadora, la primera reacción en el Evangelio es confusión, duda e incluso miedo.

¿No es igual para nosotros?

Todavía tememos a la muerte.

Todavía cargamos culpa.

Todavía nos refugiamos en la seguridad y la autoprotección.

Y sin embargo, la Pascua declara: la carga de la culpa se levanta. Si Dios resucita al Crucificado—que parecía maldito y derrotado—entonces el pecado y el fracaso no son nuestra última verdad. El perdón lo es.

Y aun así, ¿cuántas veces preferimos chivos expiatorios?

¿Cuántas veces nos aferramos a los agravios? La Pascua nos invita a dejar morir algo viejo—nuestro resentimiento, nuestro orgullo, nuestra necesidad de tener la razón—para que algo nuevo pueda vivir.

La resurrección siempre implica primero morir. Y morir duele.

Una mujer me contó sobre perdonar a su hermana distanciada después de veinte años de silencio. “Sentí que algo en mí tenía que morir primero,” dijo. “Mi enojo, mi sentido de justicia. Pero cuando lo dejé ir, me sentí más ligera, como si una piedra se hubiera removido.”

Eso es el poder de la Pascua.

La resurrección permanece silenciosa. No se impone.

Ocurre donde:

- una persona anciana es cuidada con paciencia y amor;
- los niños pueden ser niños, libres del miedo;
- las personas comparten pan y cargas juntos;
- alguien elige la esperanza sobre el cinismo.

Jesús vive donde la gente se atreve a salir del miedo hacia la confianza.

El Evangelio nos dice que las mujeres fueron las primeras mensajeras. En un mundo donde su testimonio valía poco, Dios les confió la noticia más grande de la historia. Qué diferente sería el mundo si creyéramos realmente que

Dios elige a los pasados por alto, los subestimados, los descartados.

¿Todo es diferente por la Pascua? Honestamente, aún no. Continúan las guerras. Los cementerios se llenan. La duda persiste.

Y sin embargo, algo es irreversiblemente diferente: el sepulcro está vacío.

Lo imposible se hizo realidad. Las esperanzas sepultadas resucitaron. Y ese evento silencioso de la noche sigue reverberando en la historia.

Pero aquí está la pregunta para nosotros: ¿Lo que celebramos hoy tiene consecuencias? ¿O volvemos a nuestra rutina sin cambios?

María no se quedó en el sepulcro. Fue y contó a los demás.

Pedro y Juan no se quedaron en el análisis. Comenzaron un camino que los llevaría hasta los confines de la tierra.

La resurrección nos empuja hacia afuera. No se queda en un consuelo privado. Se hace visible donde protegemos la

vida, fomentamos la justicia, perdonamos generosamente y creamos espacio para Dios en nuestro corazón.

De lo contrario, como dijo un teólogo, solo seríamos guardianes de un sepulcro vacío.

Permítanme terminar con otra historia.

Durante la Segunda Guerra Mundial, una pequeña iglesia del pueblo fue destruida. Tras la guerra, los habitantes la reconstruyeron. Entre los escombros encontraron una estatua dañada de Cristo. Las manos estaban completamente rotas. Algunos querían reemplazarla, pero finalmente decidieron dejarla tal cual. Bajo ella colocaron una simple inscripción:

“Cristo no tiene manos sino las nuestras.”

La estatua todavía está allí—sin manos. Pero tal vez ese es el mensaje final de la Pascua.

La piedra ha sido removida. El sepulcro está vacío.

Cristo ha resucitado. Y ahora vive—en nosotros.

La última pregunta es esta:

¿Cuándo nos pondremos en marcha hacia la vida?

Amén.

HOMILÍA 3 – “CORRIENDO HACIA EL SEPULCRO VACÍO”

Hace algunos años, una joven me contó una historia de su vida. Había perdido a alguien muy querido y, en las semanas posteriores, solía caminar por el cementerio cercano a su casa, buscando sentir cercanía con la persona amada. Una mañana, dijo, llegó a la tumba esperando que la tristeza familiar la envolviera, pero encontró algo completamente inesperado: un pequeño grupo de desconocidos estaba allí, colocando flores, rezando y compartiendo recuerdos. En ese momento, sintió un consuelo profundo y sorprendente, un suave recordatorio de que la vida y el amor continúan incluso cuando la pérdida parece definitiva. Esto, creo, captura algo del asombro de la Pascua.

En aquella primera mañana de Pascua, María Magdalena fue al sepulcro de Jesús con el corazón cargado de dolor. Había estado al pie de la cruz, y ahora venía a llorar y cuidar su cuerpo. Esperaba solo tristeza, solo la dura realidad de la muerte.

Sin embargo, lo que encontró fue completamente inesperado: la piedra había sido removida y el sepulcro estaba vacío.

Al principio, su mente corría con posibilidades: “Quizá los ladrones se llevaron el cuerpo,” pensó.

Pero luego vino algo aún más asombroso. En su emoción, corrió hacia Simón Pedro y el discípulo amado, gritando: “¡Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto!”

Casi podemos verlos correr, ¿verdad? Corriendo desde la confusión, desde la urgencia, desde el asombro.

El discípulo amado adelantó a Pedro, y al mirar dentro del sepulcro, “vio y creyó.”

El sepulcro vacío no era señal de pérdida; era el primer signo de la resurrección.

El crucificado se había convertido en el Resucitado; el sepulcro de la muerte se había convertido en el vientre de la nueva vida.

Recuerdo que hace unos meses hablé con un grupo de jóvenes sobre las sorpresas de la vida.

Uno dijo: “A veces espero lo peor, y lo peor no ocurre—es incluso mejor de lo que imaginaba.”

Ese sentido de sorpresa agradable está en el corazón de la Pascua.

María Magdalena esperaba tristeza; encontró alegría.

Los discípulos esperaban desesperanza; se transformaron en proclamadores alegres del Evangelio.

La resurrección no es solo un evento histórico para admirar; es una realidad viva que nos sigue tocando hoy.

Todos tenemos nuestro propio Calvario: experiencias de rechazo, traición, enfermedad, aislamiento o pérdida.

Y sin embargo, la Pascua nos dice que Dios actúa para sacar vida nueva del sufrimiento, tal como Dios sacó vida del sepulcro.

Una amiga enfermera me contó que durante la reciente pandemia se sintió abrumada y derrotada por la muerte y el sufrimiento.

Sin embargo, en pequeños actos de cuidado, en una sonrisa, en una mano reconfortante, veía destellos de vida renovada.

La Pascua siempre actúa en esos pequeños momentos de esperanza.

La resurrección también nos invita a la transformación.

Jesús, resucitado de entre los muertos, fue transformado en cuerpo y espíritu.

Los discípulos, antes abatidos y temerosos, se transformaron en valientes testigos.

En el camino a Emaús, dos discípulos caminaban con el corazón pesado, “con el rostro abatido.”

Solo cuando Jesús se unió a ellos, habló con ellos y partió el pan, fueron transformados.

Las dificultades de la vida habían oscurecido su esperanza, pero el encuentro con el Señor Resucitado renovó sus corazones.

Nosotros también podemos experimentar esa transformación en nuestras vidas, cuando el Señor nos encuentra en la oración, en la Eucaristía y en los demás.

La Pascua también es fiesta de la fidelidad de Dios.

Cuando Jesús murió, pudo parecer que el amor de Dios estaba ausente, pero la resurrección prueba lo contrario.

Pablo nos recuerda que nada, ni siquiera la muerte, puede separarnos del amor de Dios.

Piensen en un cementerio como Glasnevin, con sus torres de vigilancia contra ladrones de tumbas.

María Magdalena temía al principio lo peor, suponiendo que alguien había robado el cuerpo de Jesús.

¿Cuántas veces nosotros también suponemos lo peor en la vida, imaginando que Dios nos ha abandonado?

Sin embargo, la Pascua proclama lo contrario: la piedra ha sido removida, el sepulcro está vacío y el amor de Dios está activo y vivo, aunque aún no lo veamos.

Así que, como María Magdalena, estamos llamados a correr—no con miedo ni desesperación, sino con alegría y esperanza.

Estamos llamados a dar testimonio del amor transformador de Dios en nuestras familias, nuestras comunidades y nuestro mundo.

La resurrección nos asegura que la muerte no tiene la última palabra; el sufrimiento no es el acto final.

El Señor está con nosotros, aquí y ahora, y más allá de esta vida, hasta la plenitud de la vida eterna.

Recuerdo un pequeño pueblo que visité, donde un agricultor me habló de su difunta esposa.

Después de su muerte, solía pasear por los campos, esperando solo silencio y vacío.

Un día, notó nuevos brotes surgiendo entre la tierra que ella había cuidado con tanto amor.

Rió entre lágrimas y dijo: “Incluso en la muerte, la vida encuentra un camino.”

Eso, en esencia, es la historia de Pascua: la vida triunfando, el amor perdurando, la transformación ocurriendo más allá de nuestras expectativas.

Corramos, entonces, hacia el sepulcro vacío de nuestras propias vidas con María Magdalena, abiertos a las sorpresas que Dios tiene preparadas.

Permitamos que el Señor resucitado nos encuentre, nos transforme y nos envíe como testigos de la alegría de la Pascua.

Y recordemos, como nos recuerda Pablo, que lo que Dios

ha preparado supera todo lo que nuestros ojos han visto, nuestros oídos han escuchado o nuestro corazón ha imaginado.

Que nuestros corazones se llenen de esperanza y alegría de Pascua, hoy y siempre. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Hoy proclamamos nuestra fe, no como un recuerdo lejano, sino como un encuentro vivo con el Resucitado.

Creemos en el Dios de la vida, en Jesús, que caminó del camino de la cruz a la resurrección, y en el Espíritu que nos da fuerza para compartir esta alegría pascual con el mundo.

Confesemos juntos nuestra fe en Aquel que nos da nueva vida y esperanza.

CREDO ALTERNATIVO (solo para meditación personal)

Creo en Dios, que es Amor,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesús, su Palabra hecha carne,
Mesías de los afligidos y oprimidos,
que proclamó el Reino de Dios y fue crucificado,

entregado—como nosotros—al poder de la muerte, pero al tercer día resucitó

para seguir trabajando por nuestra liberación hasta que Dios sea todo en todos.

Creo en el Espíritu Santo,
que nos hace colaboradores del Resucitado,
hermanos y hermanas de quienes luchan y sufren por la justicia.

Creo en la comunión de la Iglesia Católica universal, en el perdón de los pecados, en la paz en la tierra—por la cual vale la pena trabajar—y en la vida plena más allá de nuestra vida terrena. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Así como María corrió a los discípulos y Pedro y Juan corrieron al sepulcro, acerquémonos ahora con estos dones de pan y vino, signos de nuestras vidas y nuestro trabajo, confiando en que el Señor Resucitado los transformará—y nos transformará a nosotros.

Oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Padre siempre amoroso, hemos traído pan y vino al altar, frutos de la tierra, regalos de tu buena creación, perfeccionados por el trabajo de manos humanas.

Por tu palabra, Jesús viene a nosotros en las formas de pan y vino. Así, él es para nosotros el Pan de Vida y el Vino de Alegría. Así, el Resucitado se acerca a nosotros de manera tangible.

Que podamos sentir cómo compartir el pan y el vino crea comunión, disipa la angustia y la opresión, y da vida que ninguna muerte puede quitar.

Te lo pedimos por Cristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO (Prefacio Pascual)

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y nuestra salvación, aclamarte en todo tiempo, Señor, pero en este día especialmente alabarte con mayor gloria, porque Cristo, nuestra Pascua, ha sido sacrificado. Él fue rechazado y crucificado,

pero por tu poder resucitó a la vida.

Entró en el silencio del sepulcro y regresó victorioso, quitando la piedra de la desesperanza y abriéndonos las puertas de la esperanza.

En él, el dolor se transforma en alegría, la oscuridad se convierte en luz, y la muerte da paso a la vida sin fin.

Por eso, llenos de gozo pascual, todas las tierras, todos los pueblos, alaban tu nombre, y los poderes celestiales, con los coros angélicos, cantan juntos el himno eterno de tu gloria: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

En la mañana de la primera Pascua, la confusión se convirtió lentamente en confianza, y el miedo dio paso a la fe.

Nosotros también nos encontramos ante el misterio de un sepulcro vacío.

Confiados en que hemos resucitado con Cristo,

y seguros de que el Padre siempre escucha la oración de sus hijos, recemos juntos con las palabras que nuestro Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Aparta, te pedimos, Señor, las piedras que encierran nuestros corazones—
piedras de miedo, amargura y duda—
para que, levantados con tu Hijo,
vivamos en la libertad de la fe pascual
y demos testimonio de su vida en el mundo.
Líbranos, Señor, de todo mal,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, con tu misericordia,
siempre estemos libres del pecado y seguros de toda
angustia, esperando la bendita esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
Resucitado del sepulcro y en medio de tus discípulos,
hablaste una palabra que calmó su miedo: “La paz esté
con ustedes.”

Mira a quienes aún luchamos con la duda, la división y los
recuerdos dolorosos. No mires nuestros pecados, sino la
fe que has sembrado en tu Iglesia.

Donde los corazones están cerrados, quita la piedra.
Donde las relaciones yacen sepultadas en silencio, trae
nueva vida.

Donde la ansiedad y la incertidumbre oscurecen la
esperanza,
permite que brille la luz de tu resurrección.

Concédenos la paz y la unidad según tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Contemplan al Señor Resucitado,
contemplan a Aquel que ha vencido la muerte
y nos llama a compartir su vida.

Dichosos los llamados a la mesa del Cordero.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de vida, en este santo Sacramento
nos has dado parte en la victoria de tu Hijo.
Como los discípulos encontraron el sepulcro vacío
y poco a poco llegaron a creer,
que esta Eucaristía fortalezca nuestra fe
de que hemos resucitado con Cristo.
Que el Pan de Vida nos dé fuerzas
para perdonar donde es difícil,
esperar donde parece imposible,
y amar donde el miedo antes nos detenía.
Que la resurrección renazca en nosotros cada día,
hasta que participemos plenamente de la gloria
de Aquel que vive y reina por los siglos de los siglos.
Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que ha hecho brotar vida de la muerte, alegría
del dolor y esperanza de la desesperación, llene sus
corazones con el resplandor del Cristo Resucitado.
Que el amor del Padre, el poder del Hijo y la guía del
Espíritu Santo transformen cada sombra de su vida en luz,
cada miedo en valentía, y cada tristeza en alegría.
Y que la bendición de Dios Todopoderoso, + el Padre, + el
Hijo y + el Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz del Señor Resucitado, llevando la alegría de
la Pascua a cada rincón de su vida.
Vayan a llevar esperanza a los cansados, luz a los
afligidos, y amor a todos los que encuentren.
¡Aleluya! ¡Cristo ha resucitado!
¡Demos gracias a Dios! ¡Aleluya!

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El sepulcro está vacío—pero la historia no ha terminado.

Esta semana, fíjense dónde necesita rodarse una piedra en su vida:

una conversación que iniciar, un perdón que ofrecer, una esperanza que recuperar.

La resurrección no es solo algo que celebramos.

Es algo que vivimos.

Lunes en la Octava de Pascua

Hechos 2,14. 22-33; Mt 28,8-15

INTRODUCCIÓN

Una vez escuché la historia de un niño pequeño que, muy temprano en la mañana de Pascua, siguió en silencio al campanero de la parroquia por los estrechos escalones de la torre de la iglesia. Nunca había subido allí antes. En la oscuridad antes del amanecer, solo esperaba escuchar el fuerte repique del metal. Pero cuando las campanas comenzaron a sonar sobre el pueblo dormido, algo inesperado se despertó en él. Era más que sonido: era una sensación de calor y emoción, como si todo el mundo se despertara con una buena noticia. Años después dijo: “Esa fue la primera vez que entendí que la Pascua no era solo algo de lo que hablábamos, sino algo vivo”.

Eso, a pequeña escala, refleja la experiencia de las mujeres en el Evangelio de hoy. Fueron al sepulcro esperando llorar. En cambio, se encontraron con el Señor resucitado. San Mateo nos dice que “se llenaron de asombro y gran alegría”. Asombro — porque Dios había

obrado de manera más allá de toda expectativa. Alegría — porque la muerte no tuvo la última palabra.

Sin embargo, junto a esa alegría, el Evangelio también muestra resistencia y falsedad. Mientras las mujeres proclaman la vida, otros intentan suprimir la verdad. Desde el principio, la resurrección necesitó testigos — personas dispuestas a mantenerse a la luz de lo que Dios ha hecho.

Hoy nos reunimos no solo para recordar un hecho pasado, sino para encontrarnos con el Cristo vivo. Venimos con nuestras propias cargas, dudas y temores. Y en todo eso, la Pascua nos habla: la vida triunfa sobre la muerte, el amor sobre el odio, la esperanza sobre la desesperación. Que el mismo asombro y alegría que llenó a las mujeres en el sepulcro llene nuestros corazones esta mañana.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres el Resucitado que nos llama del miedo a la fe: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú eres la Verdad a la que ninguna falsedad puede vencer: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, nos envías como testigos alegres de tu victoria: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso,
que resucitó a su Hijo de entre los muertos
y llenó a los primeros discípulos de asombro y gran alegría, tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados,
nos libere de todo miedo y falsedad,
y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INTRODUCCIÓN AL GLORIA

En este Lunes de Pascua, la Iglesia continúa su canto de victoria. El Gloria no es solo un himno antiguo; es la respuesta alegre de la Iglesia a la resurrección. Como las mujeres que corrieron del sepulcro con gran alegría, levantamos nuestras voces para alabar al Dios que ha vencido a la muerte y ha restaurado nuestra vida. Unámonos a los ángeles y santos proclamando la gloria de Dios.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios,
que das crecimiento constante a tu Iglesia
con nuevas generaciones,
concédenos que tus siervos permanezcan firmes en su
vida
en el Sacramento que han recibido con fe.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una vez escuché la historia de un niño pequeño que, en la mañana de Pascua, siguió en silencio al campanero hasta la torre de la iglesia antes del amanecer. Cuando la campana sonó, esperaba solo escuchar el sonido, pero en cambio sintió algo que se movió en su corazón: un calor y una alegría que iban más allá de las palabras. Esa, a pequeña escala, es la experiencia de los primeros testigos de la resurrección: asombro y alegría que pueden transformar todo.

En el evangelio de hoy, se describe que las mujeres en el sepulcro “se llenaron de asombro y gran alegría”. El asombro surge al ver la acción de Dios: Jesús, que había sido crucificado, ahora está vivo en nueva vida. Esa vida no está lejos; está presente y activa, ofreciendo fuerza y esperanza en medio de nuestras luchas. Incluso cuando la vida parece incierta o amenazante, la Pascua nos recuerda que el amor de Dios es más fuerte que cualquier miedo y que la muerte no tiene la última palabra.

La alegría, la segunda emoción de las mujeres, es igualmente profunda. No depende de las circunstancias, sino que está enraizada en el Espíritu, derramado en nuestros corazones por Dios. San Pablo conocía esta alegría incluso en prisión, frente a la posible muerte. Escribe a los Filipenses: “Me alegro... todo lo puedo en Aquel que me fortalece”. Estas palabras nos recuerdan que la fuente de nuestra alegría no está en nosotros, sino en la presencia amorosa del Señor con nosotros, sosteniéndonos en toda prueba.

El evangelio también presenta un contraste evidente. Las mujeres adoraron a Jesús y salieron inmediatamente como mensajeras, enviadas a decir a los discípulos que el Señor estaba vivo y los encontraría en Galilea. Los sumos sacerdotes y soldados, en cambio, difundieron mentiras, afirmando que los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús. Desde el primer Domingo de Pascua, hubo quienes intentaron suprimir la verdad. Hoy también, la falsedad y el escepticismo rodean las buenas noticias. Sin embargo, ninguna mentira puede vencer la realidad de la resurrección. La vida triunfa sobre la muerte, el amor sobre el odio, y la esperanza sobre la desesperación.

Estamos llamados a identificarnos con las mujeres. Como ellas, caemos ante el Señor resucitado en adoración, recibimos su fuerza y alegría, y salimos a proclamar su victoria en nuestra vida diaria. La Pascua no es solo un evento histórico; es una realidad viva que nos invita a actuar. Llevamos el mensaje de vida a nuestras familias, trabajos, comunidades y al mundo, ofreciendo esperanza

donde hay miedo, compasión donde hay indiferencia y alegría donde hay tristeza.

Una vez leí sobre una anciana que, cada Lunes de Pascua, visitaba los cementerios locales. Llevaba flores no solo para su familia, sino también para extraños, diciendo: “Cada tumba que visito, veo esperanza”. En sus pequeños actos de devoción, encarnaba el mensaje de Pascua: incluso en lugares asociados con la muerte, la vida y la esperanza prevalecen. También nosotros estamos llamados a ser mensajeros de esta vida, proclamando con nuestras acciones y palabras que el Señor ha resucitado.

Este Lunes de Pascua, que el asombro y la alegría toquen nuestros corazones. Que saquemos fuerza del Señor resucitado y confiemos en su presencia en nuestras vidas. Y que salgamos como testigos de la verdad: que Jesucristo ha vencido la muerte, el amor de Dios perdura, y la vida, en su sentido más pleno, siempre triunfa.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Así como las mujeres llevaron su devoción y amor al sepulcro, ahora traemos a este altar los dones ordinarios de pan y vino — y con ellos, nuestras vidas: nuestro trabajo, nuestras luchas, nuestras esperanzas. Oren, hermanos y hermanas, para que mi sacrificio y el suyo sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, te rogamos, Señor, las ofrendas de tu Iglesia jubilosa, y así como le has dado motivo de tanta alegría, concede también que los dones que traemos den fruto en felicidad perpetua.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO (PREFACIO DE PASCUA I – EL MISTERIO PASCUAL)

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y salvación, alabar siempre al Señor, pero en este día sobre todo lo alabemos con mayor gloria,

cuando Cristo, nuestro Cordero Pascual, ha sido sacrificado.

Porque él es el verdadero Cordero que quita los pecados del mundo; al morir destruyó nuestra muerte, y al resucitar restauró nuestra vida. Por eso, llenos de alegría pascual, toda la tierra, todos los pueblos se regocijan en tu alabanza, y hasta los poderes celestiales, con los ejércitos angélicos, cantamos juntos el himno sin fin de tu gloria, proclamando: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Formados por la alegría de la Resurrección y confiando en el Padre cuyo amor es más fuerte que la muerte, recemos con confianza al Dios que siempre hace surgir la vida de lo que parece terminado:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te rogamos, de todo mal,
especialmente del miedo que cierra nuestros corazones
y de la duda que apaga la luz de la fe pascual.
Concede con bondad la paz en nuestros días,
para que, con la ayuda de tu misericordia,
siempre estemos libres del pecado
y seguros de todo peligro,
mientras esperamos la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que te apareciste a tus discípulos
y estuviste en medio de ellos con el don de la paz,
no mires nuestros pecados,
ni las divisiones y falsedades de nuestro mundo,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele paz y unidad según tu voluntad.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
he aquí a quien crucificaron y ahora ha resucitado,
que ha vencido a la muerte y restaurado nuestra vida.
Bienaventurados los que son llamados a participar
de su victoria en la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Las mujeres salieron rápidamente del sepulcro, llenas de
asombro y gran alegría, porque habían encontrado al
Señor vivo. En la Sagrada Comunión, nosotros también lo
hemos encontrado. Él se ha acercado a nosotros, no para
abrumarnos, sino para fortalecernos desde dentro.

Quizá no siempre sentimos asombro. Quizá nuestra
alegría es más tranquila que exuberante. Sin embargo, el
Cristo resucitado actúa en nosotros del mismo modo. Su
presencia nos sostiene en las pruebas, nos da estabilidad
en la incertidumbre y nos da valor para vivir con verdad en
un mundo donde la verdad a menudo se oculta.

Al volver al ritmo ordinario de este día, que algo de la Pascua permanezca en nosotros: una confianza más profunda, una esperanza más firme, una caridad más amable. Y que otros, a través de nuestras palabras y acciones, lleguen a percibir que Cristo realmente ha resucitado y vive entre nosotros.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, en este santo sacramento nos has renovado con la vida de tu Hijo resucitado. Como llenaste a las mujeres en el sepulcro de asombro y gran alegría, fortalécenos también con la fe pascual. Haznos firmes en la verdad cuando la falsedad nos rodea, valientes en el testimonio cuando la fe es puesta a prueba, y alegres en la esperanza incluso frente a las pruebas. Que la presencia viva de Cristo en nosotros brille a través de nuestras palabras y acciones,

para que el mundo llegue a creer que él verdaderamente ha resucitado y vive. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios todopoderoso los bendiga en esta Solemnidad de Pascua y, en su compasión, los defienda de todo ataque del pecado. Amén.

Y que él, que los restaura a la vida eterna en la Resurrección de su Hijo Unigénito, los colme con el premio de la inmortalidad. Amén. Ahora que los días de la Pasión del Señor han llegado a su fin, que ustedes, que celebran la alegría de la Fiesta Pascual, vengan con la ayuda de Cristo y exultando en espíritu, a aquellas fiestas que se celebran en gozo eterno. Amén. Y que la bendición de Dios todopoderoso, el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca con ustedes para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, la Misa ha terminado, aleluya, aleluya.

Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cuando las cosas parecen terminadas, recuerden el sepulcro vacío. Lleven esta semana el asombro y la alegría de la Pascua — y que su vida proclame en silencio: El Señor ha resucitado, y la esperanza sigue viva.

Martes en la Octava de Pascua

Hechos 2,36-41; Juan 20,11-18

INTRODUCCIÓN

Una maestra de primaria notó una vez que uno de sus alumnos, un niño callado y retraído, nunca parecía esperar mucho de los demás. Una mañana, mientras la clase se acomodaba, ella se detuvo junto a su escritorio, lo miró con cariño y le agradeció por su nombre la amabilidad que había mostrado a otro niño el día anterior. Más tarde dijo que nunca olvidaría lo que pasó después: sus hombros se enderezaron, sus ojos brillaron y apareció una tímida sonrisa. “Fue como si,” reflexionó, “cobrara vida porque se dio cuenta de que era visto y conocido.”

Hay algo poderoso en escuchar nuestro propio nombre pronunciado con cuidado. Nos dice que importamos. Nos asegura que no somos invisibles.

En el Evangelio de hoy, María Magdalena está llorando afuera del sepulcro. Su dolor es tan grande que no reconoce a Jesús resucitado que está cerca. Pero

entonces él pronuncia una sola palabra: “María.” En ese momento, el dolor se convierte en reconocimiento, la oscuridad en luz, la pérdida en misión. Ella es conocida, amada y llamada.

Al reunirnos en esta temporada de Pascua, nos presentamos ante el mismo Señor resucitado. Él no está distante ni es abstracto. Está entre nosotros, en el jardín ordinario de nuestra vida diaria, y nos llama a cada uno por nuestro nombre. Abramos nuestros corazones para escuchar su voz y reconocer su presencia viva en esta Eucaristía.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, estás a nuestro lado incluso cuando el dolor nos ciega: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, nos llamas por nuestro nombre y nos atraes a tu amistad: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, nos envías a compartir la alegría de tu resurrección: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que nos llama a cada uno por nuestro nombre perdone nuestros pecados, restaure nuestra esperanza y nos conduzca a la plenitud de la vida de Pascua. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Habiéndonos reunido por nuestro nombre y entrando en la alegría de la resurrección, elevemos nuestras voces en alabanza. Con María Magdalena, que encontró al Señor resucitado en el jardín, glorifiquemos a Dios cuya misericordia convierte el dolor en alegría y cuyo amor nos da nueva vida.

ORACIÓN COLECTA

Dios de la vida nueva, en el jardín de la resurrección tu Hijo llamó a María por su nombre y convirtió su dolor en alegría.

Habla también a nuestros corazones, para que reconozcamos al Cristo vivo a nuestro lado, participemos en su comunión contigo, y seamos enviados como testigos de esperanza al mundo. Por el mismo Cristo nuestro Señor. Amén.

HOMILÍA: “LLAMADOS POR NOMBRE”

Recuerdo una vez visitar a una amiga que acababa de perder a su padre. Vagaba por la casa vacía, de habitación en habitación, con sus lágrimas ignoradas, hasta que finalmente se dejó caer en una silla del jardín. Me contó que se sentía completamente sola, aunque sabía que la presencia de su padre permanecía en los rincones familiares del hogar. En ese momento, pensé en María Magdalena afuera del sepulcro, llorando por Jesús. Como mi amiga, María estaba atrapada en un dolor tan profundo que no podía reconocer a quien había venido a ella.

En el Evangelio de hoy, escuchamos a María llorando, buscando el cuerpo del Señor y abrumada por la pérdida. No vio al Señor resucitado frente a ella; al principio, lo confundió con el jardinero. Sin embargo, él estuvo allí todo el tiempo. En el momento en que la llamó por su nombre, “María,” sus ojos se abrieron y lo reconoció. ¡Qué encuentro tan tierno, tan personal! El Señor resucitado no llega a la humanidad de manera abstracta; viene a cada

uno de nosotros individualmente, nos conoce y nos llama por nuestro nombre.

Este es el regalo de Pascua: la resurrección de Jesús abre un nuevo modo de estar con Dios. Cuando le dice a María: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios,” la invita—y nos invita—a entrar en su relación íntima con Dios. Por el Espíritu Santo, compartimos la oración de Jesús, clamando a Dios como “Abbá, Padre.” La Pascua no se trata solo de mirar un hecho histórico; se trata del Señor vivo que entra en nuestros corazones, nos atrae a la comunión con Dios y con los demás.

El camino de María nos muestra otra dimensión de la fe pascual. Primero llora en el dolor; luego reconoce al Señor resucitado; finalmente, es enviada a proclamar: “He visto al Señor.” Como María, nuestro camino de Pascua implica dolor, reconocimiento y misión. Hay momentos en que la pérdida, el anhelo o la tristeza nos ciegan a la presencia de Dios. Quizás no lo veamos en lo cotidiano, en el desconocido, en los momentos de la vida diaria, o incluso en quienes amamos. Sin embargo, el Señor siempre está

presente, buscándonos, llamándonos, esperando transformar nuestro dolor en alegría, nuestra tristeza en misión.

El jardín donde María encuentra al Señor resucitado es una imagen rica para nuestra propia vida. Los jardines son lugares de cuidado y vida nueva. El jardinero cuida la tierra para que la vida florezca. De la misma manera, el Señor cuida nuestros corazones, nos nutre con su Espíritu e invita a dar fruto en las vidas que tocamos. A menudo, no lo reconocemos al principio. Viene de formas familiares pero cambiadas, ordinarias pero trascendentes, hasta que escuchamos la palabra que nos abre los ojos: nuestro nombre.

A través de María, la Pascua proclama que la muerte y la desesperación no tienen la última palabra. El Señor resucitado está presente incluso cuando no podemos verlo claramente. Pronuncia nuestro nombre en la oscuridad, nos llama a una relación con Dios y nos envía como testigos de su vida. Esta es la gracia de Pascua: ser conocidos, amados y enviados.

Escuché de un jardinero que trabajaba silenciosamente cada día en un rincón olvidado de un parque de la ciudad. Nadie lo notaba, pero en primavera, las flores habían florecido abundantemente. Como ese jardinero, el Señor trabaja silenciosamente en nuestras vidas. Incluso cuando no nos damos cuenta, incluso cuando nos sentimos perdidos o abandonados, él está presente. Y cuando llama nuestro nombre, lo reconocemos y nuestros corazones se llenan de alegría. Esto es Pascua: el Señor vivo en nosotros, llamándonos por nuestro nombre, invitándonos a ser testigos de vida, amor y esperanza.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Así como María ofreció su amor y fidelidad buscando al Señor, pongamos ahora nuestros dones sobre el altar, pidiendo que nuestras vidas también sean transformadas por el Cristo resucitado.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor del jardín de la vida,
recibe estos simples dones de pan y vino.
Así como tu Hijo se reveló con ternura a María,

revela su presencia aquí,
y transforma no solo estos dones
sino también nuestros corazones,
para que nos convirtamos en signos de alegría pascual.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario,
nuestro deber y alegría,
siempre y en todo lugar, darte gracias,
Padre de la vida y del amor.
Porque en el silencio del jardín
resucitaste a tu Hijo del sepulcro
y convertiste el llanto en alegría.
Cuando las lágrimas de María nublaban su mirada,
él la llamó por su nombre
y abrió sus ojos al amanecer de la nueva creación.
En él, la muerte ha perdido su poder,
la desesperanza se ha convertido en esperanza,
y la humanidad es atraída a tu propia vida como Padre.
Por el Espíritu, somos hechos tus hijos,

capaces de llamarte con confianza y seguridad.

Y así, con corazones renovados por la alegría de Pascua,
nos unimos a los ángeles y santos proclamando tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Por mandato del Salvador y formados por su don de
Pascua, nos atrevemos a orar a Dios como Jesús nos
enseñó, confiados de que el Padre que él reveló también
es nuestro Padre.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de la oscuridad que nos ciega a tu
presencia.
Libéranos del miedo y del desaliento,
y concédenos que, al escuchar a tu Hijo llamarnos por
nuestro nombre,
vivamos en la libertad y la paz de su resurrección,
mientras aguardamos la plenitud de su gloria.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
en el jardín hablaste paz al corazón atribulado de María.
No mires nuestras fallas,
sino la fe que despiertas en nosotros.
Habla tu palabra de paz a tu Iglesia y a nuestro mundo,
para que donde hay dolor, surja la esperanza,
y donde hay división, florezca la comunión.
Tú vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí al Señor resucitado,
que llama a cada uno de nosotros por nuestro nombre
y nos invita a compartir su propia vida.
Bienaventurados los llamados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En el silencio de este momento,
imaginemos al Señor pronunciando nuestro nombre con
amor.
Él conoce nuestros dolores, nuestras esperanzas,
nuestras luchas ocultas.

Está a nuestro lado, vivo y fiel.

Que su voz resuene en nuestros corazones,
convirtiendo el dolor en alegría y llamándonos a dar
testimonio: “He visto al Señor.”

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de presencia constante, mediante esta santa comida
nos has alimentado con la vida de tu Hijo resucitado.
Permanece con nosotros mientras caminamos por los
jardines de nuestra vida diaria.
Abre nuestros ojos para reconocerlo, fortalécenos para
compartir su esperanza,
y envíanos como mensajeros alegres de Pascua.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Padre, que amorosamente nos llama sus hijos, te
bendiga. Amén.
Que el Hijo, que pronuncia tu nombre y te llena de alegría,
te fortalezca. Amén.
Que el Espíritu Santo, que nos envía a proclamar vida y
esperanza, te guíe siempre. Amén.

Y que Dios todopoderoso te bendiga,
el Padre, ✠ el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en la paz del Señor resucitado, que los llama por su nombre.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

En algún momento de hoy, detente en silencio e imagina al Jesús resucitado pronunciando tu nombre con amor. Deja que esa voz te guíe, y prepárate para llevar esperanza a la vida de alguien más.

MIÉRCOLES DE LA OCTAVA DE PASCUA

Hechos 3,1-10; Lucas 24,13-35

INTRODUCCIÓN

Un hombre contó una vez cómo, después de la muerte de su esposa, seguía caminando cada tarde por el mismo camino costero que compartían durante años. Al principio, caminaba con la cabeza baja, reviviendo recuerdos y sintiendo el peso de la ausencia. Una tarde, un vecino se puso a su lado. No hablaron mucho, pero la compañía silenciosa cambió algo. “Me di cuenta —dijo después— de que no tenía que caminar solo.”

En el Evangelio de hoy, dos discípulos caminan por un camino ensombrecido por el dolor. Creen que están solos en su decepción. Sin embargo, el Señor resucitado camina a su lado, escucha su historia, les abre las Escrituras y se da a conocer en la fracción del pan.

En la primera lectura, Pedro y Juan miran a los ojos de un hombre lisiado y no solo lo sanan, sino que le devuelven dignidad y esperanza.

Hoy, el Señor resucitado camina con nosotros. Nos ve. Nos escucha. Nos invita a traer nuestra historia a este altar, donde una vez más abrirá nuestros ojos en la fracción del pan.

Reconozcamos nuestros pecados y así preparémonos para celebrar estos sagrados misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, caminas con nosotros incluso cuando nos perdemos: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, escuchas con paciencia la historia de nuestros miedos y decepciones: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, te das a conocer en la fracción del pan y enciendes nuestros corazones: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Señor resucitado, caminas con nosotros en los caminos de nuestra vida. Escuchas nuestros miedos, nuestras dudas y nuestras tristezas. Perdónanos cuando no reconocemos tu presencia, cuando caminamos solos en el dolor o la desesperanza, y abre nuestros ojos a la nueva vida que nos ofreces, y llévanos a la vida eterna. Amén.

INTRODUCCIÓN AL GLORIA

En esta temporada de Pascua, nuestra tristeza se convierte en alegría y nuestra desesperanza en esperanza.

Con los discípulos cuyos ojos fueron abiertos, levantemos nuestra voz en alabanza al Señor resucitado.

ORACIÓN COLECTA

Señor Jesús resucitado,
te acercas a nosotros en los caminos de nuestra vida
y te das a conocer en la palabra y el sacramento;
abre los ojos de nuestro corazón,
para que, escuchando tu voz y reconociendo tu presencia,
podamos regresar con alegría a los lugares a los que nos
envías, para dar testimonio de tu esperanza viva.

Tú que vives y reinas con el Padre,
en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA: EL SEÑOR CAMINA CON NOSOTROS

Una joven me contó una vez sobre un momento en que estaba angustiada tras perder un trabajo que amaba. Una tarde, salió a caminar por la ciudad, con la cabeza baja, perdida en pensamientos de decepción y miedo por el futuro. Mientras caminaba, un desconocido se le acercó y simplemente preguntó: “¿Estás bien?” Comenzaron a hablar, y ella compartió sus preocupaciones, su tristeza y su sensación de fracaso. El desconocido escuchó pacientemente y luego le ofreció una perspectiva que ella no había considerado. Al final del breve encuentro, se sintió más ligera, con el corazón menos cargado, y regresó a casa con un renovado sentido de esperanza.

Las lecturas de hoy nos recuerdan esa misma experiencia, pero a un nivel mucho más profundo y espiritual. En la primera lectura, vemos a Pedro y Juan encontrarse con un hombre lisiado de nacimiento. Antes de hacer cualquier otra cosa, lo miraron a los ojos y le dijeron: “Míranos.” Ese simple acto de contacto visual fue más que cortesía: fue reconocimiento de su dignidad, una comunicación

silenciosa de que era visto, conocido y valorado. Los ojos son, de hecho, “las ventanas del alma.” A través de esa conexión, Pedro y Juan se convirtieron en instrumentos de la sanación de Dios. De la misma manera, nuestra mirada atenta y nuestra escucha cuidadosa pueden crear momentos de comunión que transforman vidas de maneras que quizá nunca lleguemos a comprender por completo.

El Evangelio nos lleva al camino a Emaús. Dos discípulos, cargados de dolor y esperanzas frustradas, caminaban alejándose de Jerusalén, alejándose de la vida y de la comunidad. Sus rostros estaban cabizbajos y confesaron a un extraño: “Esperábamos...” En su tristeza, eran ciegos a la vida que ya había triunfado en la resurrección de Jesús. Sin embargo, el Señor resucitado caminaba con ellos, invitándolos a compartir su historia, escuchando con paciencia y cuidado. En esa escucha atenta, Jesús creó una comunión que abrió sus corazones. Les reveló la historia más grande de la obra de Dios en las Escrituras y finalmente se dio a conocer en la fracción del pan. Su

tristeza se convirtió en alegría, su desesperanza en esperanza, y regresaron a Jerusalén, renovados y transformados.

Observemos el paralelismo entre el hombre lisiado y los dos discípulos. Uno estaba lisiado físicamente; los otros, espiritualmente y emocionalmente, a causa del dolor. En ambos casos, el Señor resucitado entró en su realidad, no con juicio, sino con presencia y cuidado. Los encontró donde estaban, pero los llevó a ver más allá de su sufrimiento inmediato hacia la vida que da el amor y la resurrección de Dios.

Nosotros también a menudo nos alejamos de lugares o situaciones que nos recuerdan dolor o pérdida. A veces es sabio dar un paso atrás, pero a veces los lugares que evitamos son precisamente donde Dios está obrando, plantando semillas de vida nueva. Así como los discípulos necesitaban permanecer en Jerusalén para presenciar la efusión del Espíritu y el nacimiento de la Iglesia, hay momentos en que nuestra presencia en lugares difíciles nos permite encontrar la gracia transformadora de Dios.

La oración funciona de manera similar. Llevamos a Dios nuestras historias, con toda su tristeza y confusión. Como los discípulos en el camino, somos invitados a compartir y luego a escuchar: a permitir que la palabra de Dios, pronunciada en las Escrituras o revelada en la Eucaristía, transforme nuestros corazones. Es en ese diálogo de hablar y escuchar, de dar y recibir, donde nuestros ojos se abren y nuestros corazones arden con el fuego de la fe.

Esta temporada de Pascua nos recuerda que el Señor resucitado siempre camina con nosotros. Incluso cuando nos movemos en la dirección equivocada, incluso cuando el dolor o la desesperanza nublan nuestra visión, Cristo camina a nuestro lado. Nos invita a contarle nuestra historia, a escuchar su palabra y a ser transformados. Pero también espera que tomemos la iniciativa: pedirle que permanezca con nosotros, abrirnos a su presencia en la compañía de otros creyentes y dejar que esa presencia nos guíe de nuevo hacia la vida, la comunidad y la esperanza.

Terminamos donde comenzamos: con aquella joven en su paseo por la ciudad. A veces solo reconocemos la presencia del Señor cuando hacemos una pausa, compartimos nuestra historia y nos permitimos ser verdaderamente vistos y escuchados. Cristo resucitado nos invita a abrir nuestros ojos, nuestro corazón y nuestra vida, para que también nosotros podamos caminar renovados, transformados y llenos de la alegría de la Pascua.

Recemos: “Quédate con nosotros, Señor, en el camino de nuestra vida, para que nuestros corazones ardan con tu amor y nuestros pasos se dirijan hacia la vida y la esperanza.”

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Así como los discípulos pusieron ante el Señor su confusión y su esperanza, pongamos sobre este altar las ofrendas de nuestra vida, pidiendo a Dios que las transforme con la gracia de la Pascua. Que sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estos dones, signos de nuestro trabajo y de nuestro anhelo; así como transformaste la perplejidad de los discípulos en fe ardiente y testimonio gozoso, transforma estas ofrendas en el sacramento de tu Hijo resucitado, para que quienes compartimos esta santa comida caminemos en novedad de vida. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO – EL SEÑOR QUE CAMINA CON NOSOTROS

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y nuestra alegría, darte gracias siempre y en todo lugar, Padre santo, por Jesucristo, tu Hijo resucitado. Porque después de su resurrección no abandonó a sus discípulos en su miedo, sino que caminó con ellos en su confusión, escuchó su tristeza y les abrió el significado oculto de las Escrituras.

En la fracción del pan
se dio a conocer como el Viviente,
convirtiendo la desesperanza en valor
y el dolor en esperanza inextinguible.

Y así, con el corazón encendido por la alegría de la
Pascua, nos unimos a los ángeles y a los santos en su
himno de alabanza sin fin:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Los corazones de los discípulos ardían cuando el Señor
caminaba con ellos.

Hoy, Jesús camina con nosotros, escucha nuestra historia,
abre nuestros ojos y transforma nuestra tristeza en
esperanza.

Confiados en que Él está cerca, presentemos todas
nuestras oraciones y anhelos al Padre, y recemos como Él
nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
especialmente del desaliento que nos ciega a tu
presencia.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por la esperanza de la Resurrección
y confiados en que caminas con nosotros,
podamos ser liberados del miedo y la desesperanza
mientras aguardamos la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú convertiste a discípulos temerosos en testigos gozosos
por el don de tu paz;
no mires nuestras debilidades o dudas,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele unidad y paz según tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí al Señor que camina con nosotros, que habla a nuestro corazón y se da a conocer en la fracción del pan. Bienaventurados los llamados a la mesa del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

“¿No nos ardía el corazón dentro de nosotros...?”

En esta Eucaristía, Cristo resucitado se ha acercado de nuevo a nosotros.

Ha escuchado nuestras oraciones no dichas.

Ha hablado su palabra a nuestra vida.

Ha partido el pan para nosotros.

Que salgamos de este lugar con el corazón encendido, listos para reconocerlo en el desconocido, en el sufriente y en el compañero de nuestro camino.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor nuestro Dios, en esta santa comida nos has abierto las Escrituras y nos has revelado a tu Hijo en la fracción del pan; concédenos que, alimentados por este sacramento pascual,

caminemos con fe firme y amor generoso, llevando la luz de Cristo a todos aquellos cuyos pasos están cargados.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios de la esperanza los llene de toda alegría y paz en la fe. Amén.

Que Cristo, el Señor resucitado, camine a su lado en cada camino que recorran. Amén.

Que el Espíritu Santo encienda sus corazones con el fuego de la fe pascual. Amén.

Y que Dios todopoderoso los bendiga, el Padre, el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, con el corazón ardiente y los ojos abiertos. Aleluya, aleluya.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA:

Esta semana, fíjense quién camina a su lado.

Hagan una pausa. Escuchen. Compartan su historia.

Podrán descubrir que el Señor resucitado ha estado más cerca de lo que imaginaban, esperando encender su corazón.

Jueves en la Octava de Pascua

Hechos 3,11-26; Lc 24,35-48

INTRODUCCIÓN

Una mujer compartió una vez cómo, tras meses de decepción y silenciosa desilusión, salió a caminar por la tarde solo para escapar de sus propios pensamientos. Por casualidad, se encontró con un antiguo mentor que, con gentileza, la invitó a hablar de lo que llevaba dentro. Mientras hablaba, sucedió algo inesperado: el peso que había estado cargando sola comenzó a levantarse. Al contar su historia en voz alta, la esperanza regresó silenciosamente. Más tarde dijo: “Creo que la esperanza ya estaba allí, pero necesitaba ser hablada antes de poder respirar”.

En el Evangelio de hoy, los discípulos viven algo similar. Los dos que habían caminado hacia Emaús regresan a Jerusalén y comienzan a contar su historia: cómo ardía su corazón en el camino, cómo reconocieron al Señor en la fracción del pan. Al compartir, crean espacio para la gracia. En el mismo acto de hablar, Jesús se presenta

entre ellos y dice: “La paz esté con ustedes”.

Al principio tienen miedo y dudas. La alegría parece demasiado buena para confiar en ella. Pero el Señor pacientemente les muestra sus heridas y abre sus mentes para entender. Su miedo se transforma poco a poco en asombro, y su asombro en misión.

La Pascua nos recuerda que, cuando nos atrevemos a compartir nuestra historia de fe —nuestras dudas, heridas, esperanzas y encuentros—, el Cristo resucitado se pone en medio de nosotros. Él trae paz donde había miedo y nos envía como testigos. Abramos nuestros corazones a su presencia ahora.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú estás entre tus discípulos y hablas paz en medio de su miedo: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú muestras tus heridas y transformas la duda en alegría: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú abres nuestras mentes para comprender las Escrituras y nos envías como testigos: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios todopoderoso,
que en su misericordia reunió a los discípulos temerosos
y se puso en medio de ellos con palabras de paz,
mire con compasión nuestras debilidades.

Como él reveló las heridas de su Hijo
y convirtió su duda en gozo,
perdone nuestros pecados,
sane las heridas de nuestro corazón,
abra nuestras mentes para comprender las Escrituras
y restaure en nosotros la alegría de la Resurrección.

Y que nos conduzca a la vida eterna. Amén.

INTRODUCCIÓN AL GLORIA

El Señor resucitado está en medio de nosotros y nos llena
de paz y asombro gozoso.
Con los ángeles y toda la Iglesia, elevemos nuestra voz en
alabanza cantando:
Gloria a Dios en el cielo.

ORACIÓN COLECTA

Dios de viva esperanza,
que reuniste a tus discípulos temerosos
y les revelaste las heridas de tu Hijo
como signos de victoria y paz,
abre nuestros corazones para comprender el misterio de
su Resurrección.

Cuando la duda nos desconcierta y la alegría parece
lejana,
que su presencia se mantenga en medio de nosotros
y renueve nuestro valor.

Concédenos que, renovados por la gracia de la Pascua,
podamos ser testigos fieles
de arrepentimiento y perdón en su nombre.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Quiero comenzar con una historia. Hace algunos años, una amiga me contó cómo había perdido la esperanza tras una serie de contratiempos personales. Una tarde decidió salir a caminar para despejar su mente. Durante esa caminata, se encontró con un antiguo mentor que comenzó a preguntar por su vida, escuchando con verdadero interés. Al relatar sus dificultades, se dio cuenta de que hablarlas en voz alta y compartir su historia la hacía sentir más ligera, menos cargada. Al final de la conversación, notó un cambio: sintió una chispa de esperanza que no había sentido en meses. A veces, el simple acto de compartir nuestro camino puede traer gracia inesperada a nuestra vida.

En el evangelio de hoy, encontramos a los discípulos en una situación similar. Los dos discípulos que viajaron a Emaús regresan con los demás y cuentan su historia: cómo encontraron al Señor resucitado en el camino y lo reconocieron en la fracción del pan. Su historia comienza en la oscuridad, la confusión y el dolor, pero termina en

alegría y asombro. Mientras hablan, el Señor resucitado se presenta de repente entre ellos y ofrece el saludo: “La paz esté con ustedes”. Contar su historia abre un espacio para la presencia del Señor.

Lo que me llama la atención es el recorrido emocional de los discípulos. Al principio, están alarmados y temerosos, pensando que ven un fantasma. Luego, al mostrarles Jesús sus manos y pies, su miedo se transforma en una alegría tan profunda que cuesta creerlo. Su asombro refleja algo que también experimentamos hoy: la resurrección es sorprendente, casi demasiado buena para ser verdad. Como ellos, a veces nos resulta más fácil quedarnos en el sufrimiento, el dolor o la pérdida que en la alegría, la renovación y la esperanza. Sin embargo, la Pascua nos llama a entrar en las “Estaciones de Luz”, a ser testigos de las apariciones del Señor resucitado y permitir que nos transformen.

Esta transformación no es solo para nuestro consuelo personal. Cuando los discípulos comparten su historia, el Señor resucitado se hace presente en medio de la

comunidad. Cuando compartimos nuestro propio camino de fe —nuestras dudas, luchas y momentos de esperanza—, invitamos al Señor a estar entre otros. Nuestras historias se convierten en vasos de paz, alegría y ánimo. Así como los discípulos son enviados a ser testigos de la resurrección, también nosotros estamos llamados a compartir la presencia viva de Jesús con el mundo que nos rodea.

La Pascua nos sorprende. Rompe nuestras expectativas y nos recuerda que la muerte, el fracaso y la desesperanza nunca tienen la última palabra. Jesús está entre nosotros incluso cuando nos sentimos perdidos, incluso cuando dudamos, incluso cuando la alegría parece imposible. Él nos ofrece su paz, y en esa paz encontramos valor para seguir, esperanza para perseverar y la alegría de saber que nuestra historia nunca está separada de la suya.

Quiero terminar con una historia breve. Una maestra pidió a sus alumnos que escribieran una experiencia personal que los hubiera transformado. Un niño tímido escribió cómo tenía miedo de hablar en público, pero al compartir

su historia sobre ayudar a un hermano menor, sus compañeros lo escucharon atentamente y lo aplaudieron. El niño se dio cuenta de que al contar su historia no solo había encontrado confianza, sino que también había inspirado a otros. Como ese niño, como los discípulos, descubrimos que nuestras historias, cuando se comparten en presencia del Señor resucitado, tienen el poder de llevar esperanza, paz y alegría a la vida de los demás.

Hoy, en esta temporada de Pascua, que todos seamos valientes para compartir nuestro camino, y que todos reconozcamos al Señor resucitado en medio de nosotros, ofreciéndonos su paz y enviándonos como testigos de su amor.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Como los discípulos reconocieron al Señor en la fracción del pan, pongamos sobre este altar las ofrendas de nuestra vida, para que Cristo se revele nuevamente en medio de nosotros.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, te pedimos, los dones que traemos en esta temporada de gozo pascual, y así como tu Hijo se puso entre sus discípulos y transformó su miedo en paz, que estas ofrendas se conviertan para nosotros en sacramento de su presencia viva.

Concédenos que, alimentados por este misterio, podamos dar testimonio de su Resurrección con palabra y obra. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO (TEMA DE PASCUA – TESTIMONIO Y PAZ)

Es realmente justo y necesario, nuestro deber y salvación, alabarte siempre, Señor, pero sobre todo en este tiempo, alabanza más gloriosa, porque Cristo, nuestro Cordero Pascual, ha sido sacrificado.

Después de resucitar de entre los muertos, se puso en medio de sus discípulos, no como recuerdo del pasado, sino como el Vivo que vence a la muerte.

Les mostró sus manos y pies heridos,

convirtiendo el miedo en valor y la duda en alegría radiante.

Abrió sus mentes a las Escrituras
y los envió como testigos
para que el arrepentimiento y el perdón
se proclamaran a todas las naciones.

Y así, llenos del gozo pascual,
todas las tierras, todos los pueblos, exultan en tu
alabanza, y hasta los poderes celestiales, junto con los
ángeles, cantan sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Siguiendo el mandato del Salvador y formados por su
enseñanza,
confiados en que el Señor resucitado está entre nosotros
como nuestra paz, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te rogamos, de todo mal,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, con la ayuda de tu misericordia,
seamos liberados del miedo y la desilusión
y guardados en la esperanza de la Resurrección,
mientras esperamos la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, dijiste a tus Apóstoles:
La paz os dejo, mi paz os doy.
No mires nuestras dudas e indecisiones,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele la paz y la unidad
de acuerdo con tu voluntad.

Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí al Señor resucitado,
que está en medio de nosotros y dice: “La paz esté con
ustedes.”

He aquí a aquel cuyas manos heridas traen perdón y vida.
Dichosos los llamados a participar de la alegría de su
Resurrección.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Los discípulos se regocijaron, pero aún estaban
asombrados.

La alegría a veces parece demasiado grande para
comprenderla.

En esta Eucaristía, el Señor nuevamente se ha puesto en
medio de nosotros.

Que su presencia calme nuestros miedos, fortalezca
nuestros corazones

y nos envíe a compartir la historia de lo que hemos visto y
oído.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, te pedimos, Dios todopoderoso, que la
gracia recibida en este Sacramento Pascual permanezca
viva en nuestros corazones.

Como tu Hijo se reveló en la fracción del pan
y abrió la mente de sus discípulos, así nos ilumine y
fortalezca para ser sus testigos en el mundo.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios de la esperanza los llene de toda alegría y paz
en la fe. Amén.

Que el Señor resucitado esté a su lado en toda prueba
y los haga valientes en la fe. Amén.

Y que Dios todopoderoso los bendiga,
el Padre, ✠ el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, proclamando con su vida
que el Señor verdaderamente ha resucitado.
Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA:

Esta semana, compartan una pequeña parte de su historia de fe con alguien: un momento de lucha, esperanza o gracia silenciosa. Descubrirán que, al contarla, Cristo se pone entre ustedes y dice: “La paz esté con ustedes.”

Viernes de la Octava de Pascua

Hechos 4,1-12; Jn 21,1-14

INTRODUCCIÓN

Un pescador jubilado una vez me contó que la parte más difícil de su trabajo no eran las tormentas, ni siquiera las largas horas en el mar. La parte más difícil, dijo, era regresar a la orilla con las redes vacías. “Empiezas a cuestionarte a ti mismo”, admitió. “Te preguntas si has perdido tu habilidad.” Sin embargo, una mañana, después de una noche así, vio cómo el sol se levantaba sobre el agua y sintió una tranquila certeza de que cada nuevo amanecer trae otra oportunidad.

El Evangelio de hoy nos lleva a un amanecer así. Los discípulos, cansados y desanimados, regresan de una noche de pesca sin fruto. En medio de su decepción, aparece Jesús resucitado: silencioso, paciente, de pie en la orilla. No los reprocha; los invita: “Echad la red al otro lado.” Su vacío se convierte en abundancia, su desaliento se transforma en comunión alrededor de un fuego de carbón.

Al reunirnos en esta temporada de Pascua, venimos con nuestras propias redes vacías: nuestros fracasos, dudas y cansancio. Sin embargo, Cristo está de pie en la orilla de nuestra vida. Nos llama de nuevo, nos alimenta de nuevo y nos envía renovados hacia adelante.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, que estás de pie en la orilla de nuestras vidas y nos llamas a salir de la oscuridad hacia tu maravillosa luz:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, que nos encuentras en nuestros fracasos y nos restauras con tu amor fiel:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, que nos invitas a tu mesa y renuevas nuestra misión en el mundo:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios todopoderoso,
que en su misericordia resucitó a Jesús de entre los Muertos y no abandonó a los discípulos en su debilidad, mire con bondad nuestra pobreza y nuestra necesidad.

Que perdone nuestras noches de trabajo sin confianza, nos restaure cuando hemos vuelto a viejos temores y llene nuestras manos vacías con la gracia de nuevos comienzos.

Por el poder de la Resurrección,
que nos lleve a la vida eterna. Amén.

INTRODUCCIÓN AL GLORIA

Cuando el amanecer se levantó sobre el mar de Tiberíades, el dolor de los discípulos se convirtió en alegría. En esta luz de Pascua, levantemos nuestra voz junto a los ángeles y santos, dando gloria a Dios cuyo amor nos restaura y renueva.

ORACIÓN COLECTA

Dios de los nuevos comienzos,
cuyo Hijo resucitado se puso de pie en la orilla
y transformó la desesperanza en esperanza,
concédenos que nosotros, que trabajamos durante las
noches de incertidumbre,
lo reconozcamos al romper el día
y confiemos en su palabra que nos guía.

Llena nuestras redes vacías con el fruto de tu gracia
y reúnenos en la comunión de tu amor.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA: “JESÚS EN LA ORILLA”

Temprano una mañana, un pescador bajó a la orilla,
cansado de una larga noche de trabajo sin frutos. Las
redes estaban vacías, sus manos adoloridas y la
esperanza parecía tan lejana como el horizonte. Justo
cuando estaba a punto de rendirse, un extraño lo llamó

desde la orilla: “Echa la red al otro lado.” Dudó al principio,
pero obedeció, y las redes se llenaron más allá de lo
imaginable. Esa mañana comprendió que la luz había
llegado a él en su oscuridad, incluso cuando todo parecía
perdido.

En el Evangelio de hoy, vemos a los discípulos en una
situación similar. Tras la crucifixión de Jesús, regresaron a
lo que conocían mejor: la pesca. Pero, toda la noche, no
atraparon nada. Su fracaso en su oficio conocido refleja el
fracaso espiritual y emocional que habían experimentado
durante la pasión de Jesús. En la oscuridad de la noche —
y del alma— trabajaron en vano. Pero al amanecer,
apareció una figura en la orilla. Al principio no lo
reconocieron, pero era el Señor resucitado, llamándolos
de nuevo a la vida y a la misión.

Hay algo profundamente conmovedor en este encuentro.
Jesús no reprendió a los discípulos por su abandono ni por
su miedo. En cambio, los invitó a comenzar de nuevo:
“Venid a desayunar.” Este simple gesto restauró la
comunión. Les recordó —y nos recuerda— que no importa

cuán lejos sintamos que nos hemos apartado, Jesús es fiel. Nos encuentra en nuestros fracasos, permanece pacientemente en la orilla de nuestra vida y nos invita a la renovación.

El Evangelio también nos habla de cómo la luz rompe la oscuridad. La noche había escondido tanto sus esfuerzos como su desesperanza, pero el amanecer trajo reconocimiento y abundancia. Las redes vacías de los discípulos se llenaron cuando obedecieron la palabra del Señor. La Pascua nos recuerda que, sin importar cuán sombrías o improductivas parezcan nuestras noches — espiritualmente, emocionalmente o incluso profesionalmente—, la luz de Cristo brilla en la oscuridad y el fruto de su obra nunca falta.

A veces, como en el caso del discípulo amado que primero reconoció a Jesús, necesitamos ayuda para ver lo que está justo frente a nosotros. Necesitamos compañeros que puedan abrir nuestros ojos a la presencia del Señor en los momentos en que estamos perdidos o desanimados. En esta temporada de Pascua, estamos llamados no solo a

reconocer al Señor nosotros mismos, sino también a ayudar a otros a verlo en sus vidas, especialmente cuando la esperanza parece lejana.

Como los discípulos que regresaron a pescar y descubrieron un propósito renovado, nosotros también estamos llamados a avanzar con fe. La invitación del Señor a la comunión —a través de la oración, la Eucaristía y los actos de amor— nos recuerda que nuestro camino siempre tiene futuro, sin importar nuestros fracasos pasados. Somos llamados de nuevo, como ellos, a echar nuestras redes en una nueva dirección, a dar fruto y a participar en la misión de Dios de llevar luz al mundo.

Terminaré con una historia de mi propia parroquia. Una mujer había estado alejada de la Iglesia durante muchos años, sintiéndose indigno y distante. Un domingo, una amiga simplemente le dijo: “Ven conmigo a desayunar después de la Misa.” Fue —y en el simple acto de compartir una comida en comunión, sintió la presencia y el amor del Señor. Ese día marcó un nuevo comienzo en su vida, recordándole que Jesús nos encuentra en la orilla,

incluso cuando menos lo esperamos, y que cada encuentro con él ofrece renovación.

Que también nosotros reconozcamos a Jesús de pie en la orilla de nuestra vida, escuchemos su llamado y respondamos con corazones listos para la comunión, la esperanza y la misión.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio, nacido de nuestra necesidad y ofrecido con esperanza, sea aceptable a Dios, el Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
así como tu Hijo preparó una vez pan y pescado para sus discípulos en la orilla,
recibe ahora estos dones de pan y vino.
Transfórmalos por tu Espíritu
para que sean para nosotros alimento de resurrección
y fuerza para trabajar fructíferamente en tu nombre.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, nuestro deber y salvación, alabar en todo tiempo a ti, Señor,
pero en esta temporada de Pascua sobre todo alabarte más gloriosamente porque Cristo, nuestro Cordero Pascual, ha sido sacrificado.

Él es el Señor resucitado
que se pone de pie en las orillas de la historia humana,
disipando la oscuridad de la duda
y llenando de sentido nuestra lucha.

Por su palabra, las redes antes vacías se desbordan;
por su presencia, los corazones temerosos se encienden de nuevo. Por él ha amanecido la vida eterna,
y somos llamados del fracaso a la misión,
del aislamiento a la comunión.

Y así, con los ángeles y arcángeles, con los tronos y dominios, y con todos los ejércitos y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Al amanecer de un nuevo día, el Señor resucitado reunió a sus discípulos alrededor de una comida sencilla y los restauró como hermanos. Con la misma confianza de los niños que saben que son amados y perdonados, recemos al Padre que siempre nos espera en la orilla de su misericordia:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal, y concédenos la paz en nuestros días, para que, sostenidos por la luz de la Resurrección, podamos ser liberados del desaliento y el miedo, y confiar en echar nuestras redes a tu palabra. Mientras aguardamos la bienaventurada esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que estuviste entre tus discípulos y les trajiste la calma de tu presencia, mira no nuestras faltas, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad según tu voluntad. Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí al Señor Resucitado, de pie en la orilla de nuestras vidas, ofreciéndose como nuestro alimento y nuestra esperanza.

Bienaventurados los llamados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En el silencio de esta Eucaristía, hemos compartido el desayuno del Señor resucitado. Él ha llenado nuestro vacío con su presencia. Que salgamos de esta mesa seguros de que ninguna noche es eterna, ningún trabajo en Él es en vano, y ningún corazón está fuera de su alcance.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados por el sacramento de la salvación, te pedimos, Señor, que la comunión que hemos compartido nos fortalezca para la obra que nos confías. Que la luz de tu Hijo resucitado guíe nuestros pasos a través de toda oscuridad, y que nuestras vidas den abundante fruto para tu gloria. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que el Dios todopoderoso los bendiga,
que los ha llamado de redes vacías a la vida abundante,
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, proclamando con su vida que el Señor ha
resucitado y está entre nosotros.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA:

Cuando tus redes parezcan vacías y la noche se sienta
larga, mira hacia la orilla. Cristo ya está allí, preparando un
lugar para ti y llamándote a comenzar de nuevo.

SÁBADO DE LA OCTAVA DE PASCUA

Hechos 4,13-21; Mc 16,9-15

INTRODUCCIÓN

Una maestra una vez colocó un pequeño objeto en el
centro de un aula poco iluminada y preguntó a sus
alumnos qué veían. Algunos adivinaron; otros se
encogieron de hombros, inseguros. Entonces abrió las
persianas y la luz del sol inundó la sala. De repente, lo que
parecía confuso se volvió evidente. El objeto no había
cambiado; fue la luz la que hizo la diferencia. Lo que
siempre estuvo allí, finalmente pudo ser visto.

En el Evangelio de hoy, los discípulos se encuentran en
esa media luz de confusión y dolor. Escuchan la noticia
asombrosa de que Jesús está vivo, pero no pueden llegar
a creerlo. La tristeza nubla su visión; el miedo mantiene
sus corazones cerrados. Como el niño que busca en el
jardín o los alumnos en el aula oscura, luchan por
reconocer lo que tienen justo frente a ellos.

Y, sin embargo, el Señor resucitado no los abandona en su duda. Él viene a ellos. Se pone en medio de ellos.

Pacientemente abre sus ojos y transforma su vacilación en valentía.

Al reunirnos este sábado de la Octava de Pascua, también nosotros venimos con nuestra propia mezcla de fe y duda, esperanza y vacilación. El mismo Cristo resucitado está presente aquí: en su Palabra proclamada y en la Eucaristía que celebramos. Pidamos que la luz de su Resurrección inunde nuestros corazones, para que podamos verdaderamente ver, creer y alegrarnos.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, vienes a nosotros con paciencia cuando nuestra fe es débil. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, nos abres los ojos para reconocerte en la fracción del pan. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, nos envías a proclamar lo que hemos visto y oído. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que en su misericordia resucitó a Jesús de entre los muertos y no abandonó a los discípulos en su debilidad, nos mire con bondad en nuestra fragilidad. Que nos perdone nuestros pecados, fortalezca nuestra fe donde vacila, restaure nuestra esperanza donde se haya apagado, y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

INTRODUCCIÓN AL GLORIA

La tristeza de los discípulos se transformó en alegría cuando reconocieron al Señor. Con corazones renovados por la Pascua, elevemos nuestras voces en alabanza al Dios cuya luz vence toda oscuridad.

ORACIÓN COLECTA

Dios de luz constante, que en tu Hijo resucitado has vencido la oscuridad de la duda y de la muerte, abre los ojos de nuestro corazón, te pedimos, para que reconozcamos su presencia viva entre nosotros y demos valiente testimonio de lo que hemos visto y oído. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina

contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA: VER AL SEÑOR RESUCITADO

Una vez escuché la historia de un niño que amaba jugar a las escondidas en el jardín de su abuela. Un día, buscó por todas partes a su abuela, llamando su nombre, pero ella no respondía. Exhausto y frustrado, estuvo a punto de rendirse, convencido de que se había ido. Entonces, inesperadamente, ella salió de detrás de un árbol y se rió, diciendo: “¡He estado aquí todo el tiempo, solo esperando que me veas!” En ese momento, la incredulidad del niño se transformó en alegría, y corrió hacia ella, lleno de asombro.

Esto es muy parecido a lo que vemos en el Evangelio de hoy. Después de la crucifixión de Jesús, sus discípulos más cercanos estaban escondidos, con miedo y confundidos. Cuando María Magdalena corrió a ellos, emocionada, proclamando que había visto al Señor resucitado, ellos no le creyeron. Cuando los dos discípulos en el camino a Emaús regresaron con la misma noticia

asombrosa, nuevamente no pudieron aceptarla. La noticia de la resurrección era demasiado maravillosa, demasiado inesperada y desafiaba su dolor y su duda. Como el niño buscando a su abuela, luchaban por creer que Jesús estaba realmente vivo.

Sin embargo, la historia no termina allí. Jesús mismo se les apareció, no como un fantasma, sino con una presencia tangible y viva. Les reprochó suavemente su incredulidad y, al hacerlo, les abrió los ojos a la realidad de la resurrección. Las dudas de los discípulos fueron recibidas con paciencia, amor y verdad. De ese encuentro, su miedo y vacilación se transformaron en valentía y convicción. En la primera lectura, vemos a Pedro y Juan, ahora llenos de valor, frente a las autoridades judías, declarando: “No podemos dejar de proclamar lo que hemos visto y oído”. El Señor resucitado había transformado su incredulidad en un testimonio valiente, una transformación que resonaría a lo largo de la historia.

Quizá no somos tan diferentes de esos primeros discípulos. A menudo nos resulta más fácil creer en el

sufrimiento y la muerte de Jesús que en su resurrección. La crucifixión es tangible y familiar; la resurrección es misteriosa y exige fe. También nosotros podemos ser lentos para creer en la buena noticia, prefiriendo la cautela antes que la valentía. Sin embargo, el mensaje de Pascua es precisamente que la vida triunfa sobre la muerte, la esperanza sobre la desesperación y el amor sobre el pecado. La resurrección del Señor no es solo un hecho del pasado: es una realidad viva destinada a tocar nuestra vida hoy.

Estamos invitados a experimentar este mismo encuentro, aunque no veamos a Jesús con nuestros ojos como lo hicieron los discípulos. Lo vemos en las Escrituras, en los sacramentos, en la Eucaristía y en los demás. Él viene pacientemente, repetidamente, hasta que nuestros corazones estén abiertos para recibir la asombrosa verdad: Cristo ha resucitado, y su vida está destinada a fluir a través de nosotros. Así como los discípulos salieron a proclamar la buena noticia a toda la creación, también nosotros estamos llamados a ser portadores de este

mensaje de vida mediante nuestras palabras, acciones y ejemplo.

Me recuerda otra historia: una pequeña lámpara en una habitación oscura puede parecer insignificante, pero al encenderse transforma el espacio, ahuyenta las sombras e ilumina rincones ocultos. De la misma manera, nuestra fe, una vez vivificada por Cristo resucitado, se convierte en una luz que no puede esconderse. Brilla incluso en medio de la duda y el miedo, invitando a otros a ver y creer.

Que, como los primeros discípulos, recibamos al Señor resucitado con corazones abiertos, permitamos que su vida habite en nosotros y seamos testigos valientes de la buena noticia de la Pascua. Salgamos confiados en que Aquel que venció la muerte sigue caminando con nosotros, y a través de nosotros, llevando luz al mundo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio
Nuestro sea signo de nuestra fe renovada
y de nuestra esperanza restaurada en el Señor resucitado.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estos dones de tu pueblo,
y así como una vez transformaste a los discípulos
temerosos en valientes testigos de la Resurrección,
transforma también estas ofrendas
en el sacramento de la presencia viva de tu Hijo,
para que los que participamos de este misterio podamos
brillar con la fe de Pascua.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO (PASCUA)

En verdad es justo y necesario, nuestro deber y salvación,
alabar siempre a ti, Señor,
pero en esta temporada de Pascua, sobre todo,
alabarte con mayor gloria,
pues Cristo, nuestro Cordero Pascual, ha sido sacrificado.
Porque aquel que fue crucificado

ahora se pone entre sus discípulos en paz;
aquel que fue dudado
se revela con paciencia y amor;
aquel que murió
ahora vive y nos envía con valentía.
Por él, la luz de la Resurrección
ha amanecido sobre el mundo,
y los corazones que antes estaban cubiertos por el miedo
se llenan de esperanza.
Y así, con los Ángeles y Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los ejércitos y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria, proclamando sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Cuando el Señor resucitado se puso entre sus discípulos,
convirtió su miedo en confianza y su silencio en valiente
proclamación.
Con esa misma confianza—ya no escondidos, sino
creyendo—recemos como él nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te pedimos, de todo mal,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, con la ayuda de tu misericordia,
seamos liberados de la duda y del miedo
y vivamos como alegres testigos de la Resurrección,
mientras esperamos la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que te pusiste entre tus discípulos
y calmaste sus corazones inquietos con tu presencia,
no mires nuestras vacilaciones y faltas, sino la fe de tu
Iglesia, y concédele la paz y la unidad según tu voluntad.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí al Señor resucitado, vivo entre nosotros,
Aquel a quien la muerte no pudo retener.
Bienaventurados los que son llamados
a la cena del Cordero
y creen en aquel a quien no han visto.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Los discípulos se alegraron cuando vieron al Señor.
Nosotros también lo hemos encontrado—en la Palabra
proclamada y en el Pan partido.
Que este momento de quietud profundice nuestra
conciencia de que él ha estado aquí todo el tiempo,
esperando que lo reconozcamos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Renovados por el sacramento de la salvación,
te pedimos, Señor, que la presencia viva de tu Hijo
resucitado permanezca en nosotros, fortaleciendo nuestra
fe, disipando nuestras dudas y haciéndonos testigos
firmes de la luz de la Pascua. Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios todopoderoso los bendiga en la celebración de
esta Pascua y, en su compasión, los defienda de todo
ataque del pecado. Amén.
Y que Aquel que los restaura a la vida eterna en la
Resurrección de su Hijo Unigénito, les conceda el premio

de la inmortalidad. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, anunciando con su vida
lo que han visto y oído.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El Señor resucitado a veces puede parecer escondido,
pero nunca está ausente. Pidan cada día la luz para
reconocerlo—en las Escrituras, en la Eucaristía y en los
momentos ordinarios de la vida—y dejen que esa luz brille
a través de ustedes para los demás.